

Reseñas de libros

I. EDICIONES Y TÉCNICA FILOLOGICA

Sophoclis Tragoediae. Vol. I, Ajax. Electra. Oedipus Rex. Editit R. D. DAWE.
Leipzig, B. G. Teubner Verlagsgesellschaft, 1975, XVI + 195.

Desde 1502, año en que Sófocles entra en la imprenta, hasta el momento presente con esta edición de Dawe, mucha ha sido la tinta y la erudición gastadas en conseguir un texto sofocleo cada vez más puro en la medida posible. A pesar de ello Dawe en este trabajo hace frente a la empresa con valentía y a la vez sin olvidar la ingente tradición filológica a este respecto. De otro lado, la valía de nuestro autor en crítica textual está ya ampliamente demostrada. Sus anteriores trabajos sobre el texto de Esquilo y más concretamente sus *Studies on the Text of Sophocles* de 1973, en dos volúmenes, son ya un aval del libro que ahora reseñamos. No olvidemos que el nivel de los estudios sofocleos, en este caso en concreto en lo referente al texto y a su transmisión, había llegado ya a un punto relevante tras la obra de Turyn (1952) y la edición de Dain para la colección francesa Budé. Ante este panorama aquí sucintamente pergeñado es como debemos ver y valorar la edición que ahora Dawe saca a la luz en la colección Teubner.

En una breve *Praefatio* de 10 págs. presenta de una forma resumida el estudio que hace unos años elaboró sobre el texto de la famosa tríada sofoclea, y al cual nos hemos referido más arriba. Presenta los resultados de la colación de 19 manuscritos, y entre todos ellos sigue a la tradición al conceder relevancia al *Laurentianus* 32, 9 (L), que junto con un palimpsesto (Λ) gemelo suyo ocuparía en opinión de Dawe el ala derecha de la tradición. En el ala izquierda estarían ADXrXsZr y una larga serie de otros manuscritos también consultados por el autor. Entre ambos extremos habría que incluir una tercera familia, aunque procedente más bien de L que de A: CFHNOPPaV y junto a éstos, aunque con disposición propia, GQR, trío este de manuscritos conocidos con el nombre de «familia romana», y cuyo prototipo Dain, de acuerdo con sus teorías al respecto, representaba con Φ. La cuarta familia de manuscritos para Dawe la componen ZcT, de los que T derivaría de la edición que hizo Demetrio Triclinio. Tras la clasificación de los diferentes manuscritos pasa Dawe a enumerar otros tipos de fuentes utilizados en la fijación del texto. Así en primer lugar hace mención de los papiros, destacando de manera especial aquellos casos en que se da coincidencia de lectura con algún grupo de manuscritos. Tampoco olvida nuestro editor la aportación de la tradición indirecta, como Eústobeo, Hesiquio, la Suda y Eustacio, remarcando el consensus especial de la Suda con la tríada sofoclea. Finalmente pasa el autor a determinar los criterios de selección de lecturas en

el aparato crítico aparte ya de la lección escogida. Dawe se ciñe a tres criterios: las que tienen valía *per se*, las que a pesar de ser tenidas por falsas pueden abrir nuevos caminos de interpretación, y finalmente las que aclaran alguna dificultad o suavizan algún *locus desperatus*. La introducción se cierra con un *Conspectus Librorum* y otro *Siglorum*. En el primero Dawe menciona una breve selección de trabajos anteriores, sobre todo ediciones, comentarios y estudios de crítica textual. Entre todos los títulos nos choca no encontrar no ya tanto el tomo de Loeb sobre *Ajax* de Stanford, sino mucho más la edición de Dain para la colección francesa Budé. También es de destacar que junto a las siglas de manuscritos no se hayan añadido las correspondientes a los diversos papiros consultados, aunque también es verdad que cuando los cita en el aparato crítico lo hace con la denominación directa, sin sigla alguna, pero de todas formas creo que habría sido oportuno dar una relación de aquéllos en esta parte final del prefacio.

Tras el prefacio introductorio viene la edición misma del texto. Como juicio general ha de decirse que se trata de un texto bastante divergente del que hasta ahora nos habían presentado los principales editores sofocleos (Jebb, Pearson, Dain, Kamerbeek, etc.). Después de una detenida colación puede sacarse en conclusión que Dawe nos ofrece en esta edición de la trilogía sofoclea un trabajo realmente personal. De todas formas, y en el caso de tener que tomar una decisión sobre qué edición de las anteriores es la más próxima al texto de la de Dawe, tal vez me inclinaria a pensar que es la de Pearson para los OCT. Y ello por diferentes conceptos. De un lado utiliza en gran medida, al igual que Pearson, el recurso de las conjeturas de filólogos modernos frente a las diferentes lecturas de la tradición manuscrita. Un ejemplo: en los 700 primeros versos de *Electra* noto que Dawe se sirve de este procedimiento en 47 ocasiones (de ellas 3 veces son producto del propio Dawe, incluso en otros casos, no incluidos en el cómputo anterior, el autor propone en el aparato crítico opciones que no llega finalmente a introducir en el texto citado), y en esos mismos versos Pearson lo hace 27 veces, frente a 19 en Dain y Kamerbeek. También me inclino por una cierta aproximación a Pearson basándome en el rechazo no raro de la *lectio difficilior*. Un ejemplo: en *Ajax* 235-6 Dawe edita: ὦν τὰ μὲν εἶσω σφάζ' ἐπὶ γαίᾳ, / τὰ δὲ πλευροκοπῶν διχ' ἀνεπρήγνυ. En su aparato crítico al verso 235 recoge lo siguiente: τὰ T τὸ Xs τὸν Zr τὴν rell. / εἶσω T om.CXsZr ἔξω GQR ἔσω rell. Pues bien, dejando a un lado el problema del adverbio, que es producto *metri causa* de la elección que se haya hecho previamente (también es un problema aparte la lectura ἔξω de los manuscritos de la «familia romana»), la disyuntiva se nos plantea básicamente entre la lección trieliniana y la de los *reliqui*. En esta situación la *lectio faciliior* es lógicamente optar por la primera, que así conserva un estrecho correlato con el τὰ δὲ del verso siguiente, y así lo hacen Pearson y Dawe frente a Dain y Kamerbeek, que adoptan la *lectio difficilior*, es decir, τὴν μὲν... τὰ δὲ, donde el primero debe entenderse como un singular colectivo. En tercer lugar también querría señalar el hecho de que, aunque el A. se declara en la introducción inclinado a favor del manuscrito L, sin embargo en repetidas ocasiones prefiere la lectura de otros menos importantes en contra de lo que otros editores hacen en tales pasajes.

En los aspectos arriba indicados es en los que me baso para establecer esa relativa aproximación entre Dawe y Pearson. De todas formas pienso que el texto de Dawe está mucho más mejorado que el del editor inglés. Y a todo ello habría que añadir una cierta propensión del A. a introducir *crucis* de lugares inseguros

donde otras ediciones salvan con una mayor agilidad el texto. Igualmente en varias ocasiones Dawe crea nuevas *lacunae* o amplía las ya establecidas. En resumen, por éstos y otros motivos es por lo que decíamos al principio que el texto que nos presenta Dawe supone una importante innovación en la edición de esta triada sofoclea.

En una valoración de trabajos de este tipo hay que aludir necesariamente al aparato crítico y a la colometría. Respecto a lo primero Dawe nos ofrece un resumen del tomo segundo de la obra indicada al comienzo de esta reseña (volumen II: *The collations*), y está hecho con gran acierto y claridad, superando a nuestro juicio todo lo anterior. Ya hemos expuesto más arriba los criterios que el autor se había propuesto para la selección del material, y a lo largo de las tres tragedias lo cumple a la perfección. Respecto a la colometría también obtiene resultados a nuestro juicio positivos, lo cual es un importante mérito después de la concienzuda labor de Dain, del que se separa con fortuna en repetidas ocasiones.

El libro se cierra con un preciso *Conspectus Metrorum* de gran utilidad. En definitiva, estamos ante un nuevo intento de edición de Sófocles, labor esta que por su complejidad supone ya de antemano unas grandes dosis de capacidad y valentía. En este tipo de trabajos el que se pueda disentir en una serie de pasajes no es obstáculo, dada la magnitud de la empresa, para que haya un profundo reconocimiento del esfuerzo realizado. Sólo nos queda esperar con expectación la pronta aparición de la edición de las restantes tragedias sofocleas.

JOSÉ MARÍA LUCAS

TRAINA, ALFONSO.—*Poeti latini (e neolatini). Note e saggi filologici*. Bolonia, Patron Editore, 1975. 393 pp.

Hasta el momento en que nos encargamos de la recensión del presente volumen, conocíamos a Alfonso Traina por su obra *L'alfabeto e la pronunzia del latino* (1967), que ha alcanzado gran difusión en nuestro país; por una serie de interesantes artículos sobre dramaturgos latinos; por su notable *Vortit barbare* (1974); en fin por *Lo stile «drammatico» del filosofo Seneca* (1974), que reseñábamos en fecha reciente para esta misma Revista. Pues bien, tras la lectura detenida del volumen que tenemos en las manos, nos atrevemos a calificar a su autor como uno de los «grandes» de la Filología latina de Italia.

El libro nos da pie para semejante calificación: en él se contienen veinte años de trabajo (1954-1974), de entrega exclusiva a la Filología latina, demostrada por estas casi 400 páginas, con unos 30 ensayos, los cuales comprenden exclusivamente los dedicados por el autor a la poesía latina.

Sería empresa de nunca acabar el dar cuenta de cada uno de los artículos, que tocan aspectos dispares de una serie de autores que van desde los comienzos de la literatura de Roma (Nevio y Enio), hasta los poetas del Quattrocento. De manera global, teniendo siempre presente que su valor e interés varía lógicamente de unos a otros, hemos de reconocer como virtudes primordiales de la totalidad o casi, su exhaustiva documentación, el buen sentido filológico con que están realizados, la estupenda formación lingüística y literaria de que Traina hace

gala a cada instante. En su Prefacio, cuando el autor confiesa que «non è ancora tempo di bilanci...», añadiríamos nosotros que, de tener que hacerlo, el balance sería positivo, altamente positivo.

En cuanto al contenido, son magistrales —aunque no siempre igualmente convincentes— las interpretaciones literarias o las correcciones propuestas para poetas fragmentarios, concretamente: Nevio, *Com.* 78 Ribbeck; Macio frag. 6 y 7 Morel; Varrón, *Men.* 218,3 Bücheler; Publilio A 50 Meyer.

Con el título general de «Note Plautine» nos ofrece Traina cinco trabajos, cuatro de ellos con interpretaciones de terminología plautina discutida (*Merc.* 31 ss., *Curc.* 191, *Poen.* 371, *Poen.* 510), de las que no puede prescindir el estudioso de las comedias del sarsinate. Muy a tener en cuenta es también la lectura propuesta, con buena fundamentación, para *Asin.* 15: *ut uos, item < ut > alias, pariter nunc Mars adiunet.*

En pp. 81-91 («Lucrezio e la «congiura del silenzio»»), Traina quiere demostrar que no existe esa supuesta «conjura», motivada por razones políticas, que impida hablar de Lucrecio en la época de Augusto. Ciertamente puede convencer... Ahora bien, pensamos que sería más interesante plantear el problema de esa «conjura» no exclusivamente hasta el fin del reinado de Augusto, sino precisamente algunos siglos después.

Dos artículos dedicados a Catulo, tomando como punto de partida el *carmen* 76, son un ataque enconado a la pretendida pertenencia del poeta a las filas de adeptos de una religión mística, defendida ante todo por su compatriota Enzo V. Marmorale (*L'ultimo Catullo*, Napoli, 1952; 1957). Asistimos a una tradicional disputa de filólogos, encendida e interesante, llevada por Traina si no de modo más convincente, desde luego con mayor elegancia que su contrincante.

Las pp. 163-225 contienen cinco notables trabajos dedicados a la exégesis de las *Bucólicas* de Virgilio, de modo concreto a *Ecl.* I, IX y IV. Trabajos llamativos, una vez más, por su enorme erudición y buen sentido crítico; por otra parte, muy útiles para la comprensión de la poesía de Virgilio.

De los tres artículos dedicados a Horacio (pp. 227-280), nos parece el más interesante con mucho su detalladísimo estudio de la semántica del *Carpe diem*. Para el problema del influjo de Catulo en Horacio resulta aportación muy meritoria por su utilidad la abundante bibliografía de las pp. 269-275. El muy corto estudio titulado «Orazio e Augusto» es, en cambio, una breve nota para la que resulta algo inadecuado un enunciado tan ambicioso.

Pasando a las Tragedias de Séneca, se ofrecen dos conjeturas, de valor muy desigual a nuestro modo de ver, para el *Hercules furens*. Bastante justificada parece la propuesta para el v. 1068: en vez de *uolucra o matris genus Astraee* 'o alata prole della madre Astrea', contraria a la tradición mitológica, se conjetura *uolucra o matris genus Astraee* 'o alata prole della madre stellata'. Menos base tiene, a simple vista, la lectura del v. 1072, *pax o rerum*, en vez de *pater o rerum*. En cualquier caso, conjeturas dignas de consideración para futuros editores de esta tragedia.

Se cierra la recopilación con «Poeti latini del Quattrocento», dos trabajos, de los cuales el primero es una reseña muy amplia, llena de sugerencias personales, del libro del mismo título de F. Arnaldi, L. Gualdo Rosa y L. Monti Sabia (Milano-Napoli, 1964). El segundo presenta un análisis sobre cuestiones de morfología, sintaxis y léxico de estos poetas. Por último, se incluye un breve

ensayo sobre la tradición clásica en Pascoli, «Presenze antiche nella poesia cosmica del Pascoli» (pp. 379-387).

Nos resta esperar que estas líneas puedan servir al menos de guía sobre el contenido de una obra de horizontes tan variados. Por lo demás, repitiendo lo que hemos dicho alguna vez, son encomiables estas ediciones de *scripta minora* de filólogos notables (las cuales, afortunadamente, empiezan a ponerse de moda también en nuestro país), por la ayuda que ofrecen al investigador al facilitarle la dura tarea de la consulta bibliográfica.

A. POCIÑA

LEANZA, SANDRO.—*L'esegesi di Origene al libro dell'Ecclesiaste*. Reggio Calabria, Edizioni Parallelo 1975, 121 pp.

Pertenece este trabajo a una línea de investigación relativamente reciente y que consiste en rescatar obras de autores cristianos que desaparecieron por las prácticas censoriales de la antigüedad y otras causas, a partir de fragmentos y escolios conservados en las *catenae*. Está comprobado que los catenistas en sus obras de recopilación a partir del s. VI no siguieron otro criterio que el de acumular el mayor número posible de opiniones autorizadas para los distintos pasajes bíblicos, sin preocupaciones de escuela u otros prejuicios doctrinales que les llevasen a excluir a los menos ortodoxos (cf. R. Devreesse, «Chaines exégétiques», en *Dictionnaire de la Bible, Supplement I*, Paris, 1928, 1093). Por ello este tipo de literatura de florilegios se convierte en la antigüedad tardía en el único cauce por el que se nos han transmitido —aunque fragmentariamente— obras antiguas que no superaron la 'prueba del fuego', obras imprescindibles, por otra parte, para reconstruir aspectos desconocidos del pensamiento cristiano.

Sandro Leanza, docente de historia del cristianismo en la Universidad de Mesina, pretende con esta monografía recuperar los fragmentos del comentario de Orígenes al libro del *Eclesiastés*, cuya existencia conocíamos por el comentario de Jerónimo al mismo libro bíblico. El tema es sugerente, si tenemos en cuenta el talante de este libro desconcertante que tuvo serias dificultades para ser admitido en el canon judío. Y no carece de interés la interpretación de Orígenes, uno de los mayores pensadores del cristianismo, y el influjo que su exégesis del libro ejerció sobre los demás autores patrísticos y sobre los comentaristas medievales. El estudio se basa en una restauración crítica de los fragmentos transmitidos en la cadena al *Eclesiastés* de Procopio de Gaza y que se conserva en los ff. 67v-83v del *Cod. Marc. gr.* 22 (de esta cadena está preparando el autor una edición completa, según nos informa en p. 9, n. 21); en el comentario al *Eclesiastés* de Olimpiodoro del *Cod. Vat. gr.* 1694 y en la cadena sobre el *Eclesiastés* del *Cod. Barb. gr.* 388.

Aunque los escolios del primer manuscrito antes citado habían sido editados por Galland en *Bibliotheca Veterum Patrum*, XVI, Venecia, 1781, notables estudiosos los seguían teniendo por inéditos, tal vez inducidos por el hecho de que Migne no los incluye en el vol. XVII de su *Patrologia Graeca*, posiblemente por considerarlos de escasa importancia (p. 6). Además de estos tres manuscritos que contienen fragmentos del comentario de Orígenes al *Eclesiastés*, Leanza utiliza a lo largo del cap. III otra fuente: las alusiones a pasajes de este libro que

se encuentran en el resto de los escritos de Orígenes, concretamente en el prólogo de su comentario al *Cantar de los Cantares*. Por fin una tercera fuente se encuentra en el comentario de Jerónimo, quien con frecuencia polemiza contra la interpretación de Orígenes.

Por lo que respecta al arduo problema de la autenticidad origeniana de los escolios que le atribuyen las *catenae* (p. 20 y ss.), en mi opinión el autor se muestra excesivamente optimista al admitirla por no ver razones válidas para dudar de ella. Desgraciadamente el criterio más seguro para discernir su autenticidad, que es la confrontación de estos escolios con el resto de las interpretaciones origenianas dispersas en los otros escritos, no se ha podido aplicar por no coincidir ninguno de estos escolios con los pasajes del *Eclesiastés* explicados en los otros escritos de Orígenes. De modo que lo más que puede afirmar Leanza a este respecto es que «gli scoli origemiani sull'Ecclesiaste conservati nelle catene sono conformi, quanto al contenuto, al metodo esegetico e al pensiero di Origene, e non v'è quindi motivo, neppure sotto questo rispetto, di dubitare della loro autenticità» (p. 24, n. 65). Dado el método de trabajo de los catenistas y las peripecias de la transmisión (cf. R. Devreesse, *op. cit.*, p. 1090 y ss.) la autenticidad de cada fragmento tiene que ser probada positivamente: en concreto la abreviatura de Orígenes en griego podía confundirse con la de ὦρ(αῖον), signo de admiración frecuentemente empleado a modo de *nota bene*. Además no sé si Leanza es consciente de que este tipo de reducción, al medir la autenticidad de los fragmentos sólo por su coherencia con el resto de la producción origeniana que conservamos relativa al *Eclesiastés*, resta gran parte de originalidad a estos escolios. De todos modos no veo otra forma de avanzar en la investigación de la selva de las *catenae* que proponerse temas muy delimitados y proceder a su estudio, una vez comprobada la calidad de la cadena, mediante sondeos de aquellos pasajes que —por contar con material paralelo de distinta procedencia— son aptos para establecer algún tipo de control.

El estudio me parece bien documentado y merece un elogio especial por cuanto los resultados de este tipo de investigación no suelen reflejar el tiempo y trabajo invertidos en la pesquisa de los manuscritos y en el cotejo crítico de las fuentes.

N. FERNÁNDEZ MARCOS

II. LINGÜÍSTICA

FOGELMARK, STAFFAN.—*Chrysaigis* (IG XII, v. 611). Scripta Minora Regiae Societatis Humaniorum Litterarum Lundensis, 1974-1975: 2. Lund, 1975. 52 pp.

Tres veces aparece la palabra χρύσαιγίς, epíteto de Atena, en griego: en IG XII, V, 611; en POxy. XXXV 2735 fr. 1, 20; y en Bacch. fr. 15 Snell. Píndaro (O. XIII 70) utiliza κούραιγίς, de construcción paralela.

No es de importancia para el conocimiento de los epítetos discutidos en el estudio de Fogelmark si éstos se derivan de Homero o de un fondo épico más general, pero es una razonable suposición el hecho de que las inscripciones del siglo VI muestren una marcada influencia homérica. Pero existe también otra

influencia: la de la elegía griega. χρύσαιγίς es un típico epíteto coral. Tanto Píndaro como Baquilides no sólo siguen en numerosas ocasiones a Homero, sino que también en otras muchas imprimen variaciones innovadoras en el seno de la tradición homérica. En Baquilides, p. ej., encontramos un buen número de epítetos compuestos de los cuales una mitad es homérica, o ambas mitades una combinación de dos epítetos homéricos diferentes. En *Il.* XXIV 20-21 encontramos ἀγίδι χρυσαίη, base de nuestro epíteto. Por lo tanto, el pindárico κνάσαιγίς es posterior a χρύσαιγίς. Los adjetivos compuestos con -αίγίς al final pueden, pues, considerarse como epítetos típicos de la lírica coral. En Baquilides hallamos, además, πελέμαιγίς, y en un coro de los *Siete* de Esquilo μελάσαιγίς. *POxy.* XXXV 2735 parece pertenecer a un poeta lírico coral. Grenfell y Hunt sugieren a Simónides como autor. Pueden serlo también Píndaro y Baquilides.

Volviendo a la inscripción: un poeta ha tomado la palabra de la inscripción, o viceversa. Es muy improbable que Baquilides haya tomado el epíteto de una inscripción de Ceos grabada por un tal Alcídamente a quien nadie conoce. Tampoco la presencia de χρύσαιγίς en *POxy.* —pertenezca o no a Baquilides— favorece esa idea. La otra alternativa —que el grabador copie al poeta— exige una cuestión previa: ¿son las inscripciones griegas en verso elegíaco influidas por poetas líricos en su vocabulario? La respuesta —Fogelmark aduce datos— es afirmativa.

Si es obvio que el dedicante de la inscripción tomó χρύσαιγίς de un poeta lírico, ¿de qué poeta lo hizo? De un poeta coral, con certeza. Busquemos, pues, a un poeta coral relacionado directamente con Ceos —pues la inscripción es local— que viva en una época anterior a Baquilides y que sea lo bastante famoso como para que el dedicante de la inscripción prefiera su epíteto a otro homérico. No puede ser otro que Simónides, tío de Baquilides. Jeffery ha datado la inscripción hacia 525 ó 500 a. C. Simónides nació en 556. Además, Simónides se hizo famoso en la antigüedad no sólo como poeta coral, sino también como epigramatista, lo que haría más atractiva para el inscriptor en elegíacos la adopción de su epíteto.

Como su sobrino, Simónides no sólo usó epítetos homéricos, sino que fabricó otros nuevos, del mismo modo que Píndaro y Baquilides. Por lo demás, Baquilides muestra en su vocabulario y estilo una gran influencia de su tío.

Jacoby (*IGHist* I A, p. 158 y s.) recoge la existencia de un Simónides Geneólogo, incluyendo dos fragmentos del mismo tomados de *EM* 479, 47-52, y de *Sch. A. R.* II 866. Fogelmark refuta la validez de ambos testimonios en la última parte de su trabajo. En *EM* 479, 47-52 se contiene el contexto en el cual esperaríamos que, a la vista de Bacch. fr. 15 Snell, Simónides hubiese utilizado χρύσαιγίς. Snidas menciona a un Simónides de Ceos también llamado Meliceretes, a quien el estudioso sueco identifica con el poeta, que escribiría poemas relacionados con la genealogía de los dioses (toda la poesía griega tiene que ver principalmente con la mitología, y ésta es imposible sin genealogías). Simónides el Geneólogo no es otra cosa, pues, que el producto de un error o mal entendimiento: las referencias a él son tardías y se basan en una deficiente interpretación de la Suda. Simónides el Geneólogo no es otro, en fin, que el poeta Simónides, lo que añade (por el contexto) otra razón para atribuirle el epíteto χρύσαιγίς. El contexto en que habría podido hablar Simónides de una Atena χρύσαιγίς nos lo da, en efecto, *EM* 479, 47-52: de acuerdo con el supuesto Simónides Ge-

neólogo, Atena Itonia fue la hija de Itono, y mató a su hermana Yodama. Atena Itonia tuvo culto en la isla de Amorgos, en Tesalia y en Coronea de Beocia. Se sabe que Simónides tuvo buenas relaciones con los reyes de Tesalia, y es, pues, posible que la noticia de *EM* se refiera a un himno compuesto por el poeta en honor de la tesalia Itonia. Ella es, por tanto, la Atena a la que Baquilides parece haber dedicado su hiporquema (fr. 15 Snell), en el que aplica el epíteto χρύσαιγίς a Atena Itonia. No sorprende el hecho de que Simónides, habiendo usado el mismo epíteto, fuese seguido por su sobrino también en este caso.

Parece que Atena Itonia era venerada como diosa de la guerra. Tzetzes *ad Lyc.* 355 la llama πολεμικωτάτη. Borthwick (*Hermes* 98, 1970, pp. 323-328) sugiere que Itonia se deriva de ἴτυς 'escudo', o sea la égida de Atena. La relevancia del epíteto χρύσαιγίς sería, con ello, aún mayor. Podemos añadir que una suposición tal haría todavía más probable que el contexto simonídeo, al que *EM* y Tzetzes se refieren, fuese el mismo en el que el epíteto χρύσαιγίς fue apropiadamente utilizado por Simónides. Todo resulta así admirablemente encadenado.

Clausura el estupendo jeroglífico de Fogelmark un índice de palabras griegas y de autores griegos y latinos citados, así como otro de inscripciones (pp. 48-52).

LUIS ALBERTO DE CUENCA

LAU, DIETER.—*Der Lateinische Begriff Labor*. Munich, Wilhelm Fink Verlag, 1975. 497 pp.

Intenta este trabajo dejar lo más clara y minuciosamente estudiado el término *labor* en el mundo clásico, apoyándose exhaustivamente en los autores paganos y cristianos.

Parte el trabajo de dos directrices, la función de *labor* para el mundo romano, y el afán cristiano de superar el mundo. Quiere el autor por medio de un cúmulo extraordinario de citas, desde un punto de vista cronológico, dejar clarificados los caminos antes trazados, y hacer visible la relación de esta noción con otras ideas maestras de la ética pagana y cristiana. Conviene resaltar el campo de asociaciones secundarias que tenía el hombre pagano o cristiano, cuando se pronunciaba este nombre.

Se persigue demostrar el «cambio de valor ético de estas palabras», teniendo en cuenta las «naciones secundarias» que se unían a las distintas épocas.

En su primera parte este libro quiere mostrar las líneas generales del uso de *labor* en los campos del Lenguaje poético, oficial, popular y lenguas dialectales. Un avance será el estudio de *labor* y sus sinónimos; para esto se sirve de un gran número de adjetivos, verbos... Interesante es la relación con el término griego πόνοσ and la búsqueda de citas griegas, más tarde traducidas al latín.

La finalidad de todos estos esfuerzos es llegar al conocimiento del contexto idiomático de *Labor*, cuya estructura del significado puede describir palabras como: esfuerzo, rendimiento, trabajo...

Amplio es el apartado dedicado a la relación de *labor* con los términos latinos como: *virtus*, *industria*, *opera*, *molimentum*, *negotium*.

En contraposición a nociones como *virtus* y *fides* que cuentan con una bibliografía bien hecha, este término ha estado un poco aislado del centro de atención

investigadora. Realizado sólo el artículo sobre *labor* en el *Thesaurus Linguae Latinae*, este trabajo viene a dar un paso más en esta investigación, guardando en algunos puntos relación con el artículo citado, aunque se distinguen en su método y finalidad.

Partiendo de unas líneas generales, el autor se fija en la función de esta palabra, etimología y significado; avanza en la búsqueda de los sinónimos y hace un recorrido por algunos campos de la vida romana. Resaltamos aquí el capítulo dedicado al *labor militaris* y el que se refiere al campo político por el estudio detallado en la época de la república y en el tiempo de los emperadores.

La segunda parte de este libro, dedicada ampliamente al concepto *labor christianus*, viene avalada como todo lo anterior por una serie minuciosa de citas de todos los autores, llegando a un punto muy interesante: «el cambio de significados que adquiere en el campo religioso, desde 'castigo de los pecados' al *Labor Christi* y una serie de nociones secundarias como «expresión del afán humano para ganar el cielo»; en este punto *labor* aparece unido a los conceptos de *continentia*, *oboedientiae*, *abstinentiae*. No termina aquí su estudio, sino que se fija en las instituciones monásticas, los mártires de la Iglesia perseguida y por último detalla los defectos ocasionados por el *labor* del *exterior homo* como son: afán de ganar dinero, el servicio estatal; sobresalen aquí las citas de San Ambrosio y San Agustín.

El término *labor* a pesar de su fuerza y del estudio que se ha realizado, mantiene su sentido a través de épocas y autores, así: *gloria*, *imperium*, *labor*, son ideas fundamentalmente romanas en la Roma pagana y cristiana.

Otro apartado que merece atención es la comparación realizada entre la Septuaginta, Versio Itala, y la Vulgata de San Jerónimo, en donde vemos que las nociones de *labor* difieren mucho.

Termina el autor con un capítulo dedicado a los conceptos de *labor improbus*, *labor* en Propertio y *labor* en Horacio.

No podemos omitir toda la parte dedicada a las aclaraciones de las notas, que reflejan el trabajo minucioso y perfeccionista de este libro.

Leído atentamente este trabajo, alabamos la obra de Dieter Lau, que tantos beneficios va a reportar a los trabajos de *Lexicografía latina*; criticamos, no la extensión en sí misma, si en cambio la repetición de conceptos.

M.^a JOSÉ LÓPEZ DE AVILA

PRUHLI, STEFANO.—*Ascyllus. Note di onomastica petroniana*. Bruselas, Societé d'Études Latines, 1975, 66 pp. + 4 tablas.

El nombre propio posee un carácter mágico de fijación que dura cuanto la vida del individuo que lo porta y que evoca, al ser pronunciado, toda la personalidad del sujeto portador; el nombre propio es, por ende, el símbolo del sujeto al que corresponde.

Por ello, frente al anonimato de una enumeración indefinida (esto es, sin nombres) de héroes, por ejemplo, Ovidio y Virgilio, pongamos por caso, prefieren citar exhaustivamente sus nombres propios, unos tras otros.

Frecuente fue, por otra parte, en la antigüedad, utilizar nombres propios

que expresaban algún aspecto físico, moral o psicológico de la sociedad de los hombres: son los llamados «nombres parlantes» («die redenden Namen»).

A propósito de una reciente inscripción (1066) en la que por primera vez se tiene el nombre del personaje petroniano llamado *Ascyllus* («el infatigable»), el autor de este estudio considera algunos aspectos de la bastante estudiada cuestión de los nombres propios en el *Satiricón* de Petronio. El estudio, que debió publicarse en 1972, sufrió un retraso de algunos años.

En un primer capítulo recoge Priuli la bibliografía concerniente a los estudios de onomástica de Petronio (pp. 14-20). A continuación, pone este problema en conexión con el género literario y con la cronología del *Satiricón*.

Ambos tratamientos resultan poco convincentes; el primero, porque parece concluir con una adscripción de la novela a la sátira latina sin más, ingenuo error que ya cometieron los antiguos por entrecruzamiento de *satura* y *Satyricon*. El segundo se hunde en el foso oscuro de la arbitrariedad que se enseñoorea de la debatida e inasible cuestión cronológica: supone Priuli que admitiendo que los nombres de las obras literarias influyen en la vida ordinaria de manera que nos lleva a adoptar tales nombres para nosotros mismos, la presencia masiva del antropónimo *Encolpius* a fines de los siglos primero y segundo, así como el descubrimiento de esta inscripción en la que aparece *Ascyllus*, abogarían por una datación neroniana, esto es, la tradicional de la obra de Petronio. Siendo así que el propio autor afirma que los nombres del *Satiricón* son producto de una mezcla de realidad y de fantasía, la frecuencia de los nombres aludidos podía haber inducido al autor a hacer uso de ellos.

La fecha de la inscripción de *Ascyllus* la coloca su editor (Ferrua) en el siglo III; Priuli, hacia la mitad del II; en lo que hace al interés cronológico seguimos en las mismas, a mi juicio.

El estudio responde más bien al subtítulo que al título, y a la verdad que no acierto a ver el interés de estas breves anotaciones que no añaden prácticamente nada nuevo y que podían haberse reducido a un no largo artículo de revista.

BARTOLOMÉ SEGURA RAMOS

III. LITERATURA, FILOSOFÍA Y RELIGIÓN

ROUX, GEORGES.—*Delphes. Son oracle et ses dieux*. Paris, «Les Belles Lettres», 1976, 246 pp.

Bien presentado e ilustrado, bien escrito también, este volumen se dirige al público culto, al que las ruinas de Delfos hacen desear conocer el funcionamiento del oráculo y el culto delfico en general, pero también al especialista, pues discute con detalle estos temas y argumenta a favor de determinadas soluciones de los mismos. En suma, no nos hallamos tan solo ante una continuación de la abundante bibliografía francesa sobre Delfos, sino, al propio tiempo, ante una obra nueva y original.

En ella se dan las grandes líneas de la historia de Delfos en lo arqueológico y, sobre todo, en lo cultural. Sobre el culto antiguo de Gaia, la llegada de Apolo, el personal del oráculo, el lugar y ritual de la consulta, las fiestas de Delfos en general obtiene el lector una información suficiente.

Claro está, nuestras fuentes son, como se sabe, más bien escasas y tardías y, por ello, las dudas son múltiples. De ahí las largas exposiciones y discusiones sobre temas como el número y funciones del personal (sacerdotes, profetas, *hosini*), sobre el *dolyton* (defiende que es un lugar a nivel inferior dentro del *mégaron* y lo describe detalladamente, aceptando, por ejemplo, la presencia en él del laurel y, en fecha antigua, de la fuente), sobre el ritual de la consulta, sobre el *pneuma*, etcétera. Datos literarios y arqueológicos, así como la comparación con otros oráculos o templos (el de Trofonio en Lebadea, el de Claros, el de Nemea, etc.) sirven de base de apoyo. Hoy día se podría escribir, y sería muy interesante, una obra complexiva sobre los oráculos griegos y los complejos culturales en que se insertan. Incluso habría que decir que su historia, en el caso de los que se convirtieron en centros internacionales, tiene mucho de paralelo, aunque al tiempo haya especializaciones diferentes.

También lo relativo a las fiestas de Delfos y a los distintos cultos que allí se encuentran reunidos es amplio e ilustrativo. Podríamos señalar, quizá, que la interpretación del origen de estas fiestas podría afirmarse en algunos casos con mayor seguridad. Así en lo relativo a la fiesta del *Stepterion*, en que la procesión que viene de Tempe simboliza sin duda alguna la llegada del dios en primavera; y a la de Carila, fiesta del tipo del entierro de la muerte o el invierno, expulsión del fármaco, etc.: es decir, del final del invierno y llegada y propiciación del nuevo año.

Echo de menos la atención que merece la leyenda de la muerte de Esopo en Delfos y el ritual de expiación que en su honor se celebraba anualmente. Esta leyenda, en todo paralela a la de Neoptólemo (sí mencionada, con su lugar de culto), parece hoy claro que procede de hechos reales en el culto delfico: muerte del fármaco y expiación de la misma.

Naturalmente, la extensión del libro no permitía penetrar con detalle en temas como el influjo del oráculo en el pensamiento y la historia de Grecia o, también, en la creación de la antigua lírica literaria. Al menos, la exposición de la historia y desarrollo de los Juegos Pílicos habría merecido, pensamos, una mayor extensión.

Lo que sí está detenidamente estudiado es lo relativo al origen de los cultos delficos, en la medida en que podemos rastrearlos con ayuda de la Arqueología y las fuentes; y a las cambiantes interpretaciones que autores como Esquilo y Aristonoo dieron a los mitos que reflejan esa historia, según sus intenciones y modo de pensar. No se alude, en cambio, a nuestro conocimiento de la organización del culto micénico, que sin duda puede ayudar a imaginar la historia de centros como Delfos, dependiente en el origen de Crisa como Olimpia de Pisa, en forma parecida: como cultos de palacio a cuyo servicio estaba un personal dependiente del mismo. La comparación con hechos micénicos y la de los diversos santuarios unos con otros es la única vía para salvar, en lo posible, las terribles deficiencias de nuestra documentación en época arcaica y aun clásica.

Todo esto era, de todos modos, un tanto marginal para la intención del autor, centrada principalmente en la descripción del oráculo y su ritual; luego, en la de las restantes festividades de Delfos. Estos temas quedan, como decimos, suficientemente iluminados. Y el libro, escrito con buen tino crítico y fácil de leer, es una buena aportación a los estudios delficos al tiempo que una buena divulgación de cosas poco conocidas.

F. R. ADRADOS

RIVIER, A.—*Études de Littérature Grecque. Théâtre, Poésie Lyrique, Philosophie, Médecine*. Université de Lausanne. Publications de la Faculté des Lettres. Recueil publié par François Lasserre et Jacques Sulliger. Genève, Librairie Droz, S. A., 1975. XIV + 466 pp.

I. Teatro. El capítulo «Ésquilo y lo trágico» (pp. 3-12) fue escrito para una conferencia, lo que explica su calidad: se vierten en él afirmaciones generales, no avaladas por datos, y por tanto poco fiables, por ej., a) compara o identifica las figuras de Esquilo y Shakespeare, lo que resulta poco afortunado, pues los contextos históricos son distintos, y, además, es mucho lo que ignoramos de Esquilo; b) presenta a Esquilo como iniciador de la concepción trágica del hombre y del mundo, lo que difícilmente convence, pues entendemos que es específicamente moderna la concepción pesimista que ve al mundo y al hombre como «metidos en un callejón sin salida», no así Esquilo cuya obra evidencia, a través de situaciones trágicas, una concepción optimista donde a la larga triunfan el conocimiento y la justicia y fracasan la necesidad y el orgullo.

Se impone, pues, estudiar la tragedia griega dejando de lado aparentes paralelismos modernos, e ideas preconcebidas, entendiéndola como obra de arte, que a veces sugiere sólo ideas, y también como ejemplo de situaciones críticas del acontecer humano en su relación con la divinidad, de donde se deduce que puede colaborar a una recta interpretación de una obra de arte de este tipo el sentimiento religioso del autor y de su época.

En la parte dedicada al estudio de «Eurípides y Pasífae», A. Rivier se extiende en largas consideraciones sobre la interpretación del fragmento, editado en Berlín en 1907, de los *Cretenses* de Eurípides, relativa al significado y motivaciones de los amores paranormales de Pasífae. Nuestra opinión a este respecto es que, siu pretender infravalorar este trabajo, nos deja fríos pues sólo se hace gala de gran erudición, que excede el marco de irradiación que emana del texto.

En las muchas páginas dedicadas a «El elemento demoníaco en Eurípides hasta el 428» (pp. 61-81) el autor quiere poner de manifiesto, quizá con razón, la presencia inextricable, en las obras de Eurípides de la época referida, de dos fuerzas, la divina, que le llega de la tradición, y la humana-psicológica, que empieza a nacer por la época de Eurípides. Una vez más hemos de decir, a este respecto, que la farragosa erudición, exigida quizá para quedar bien con el auditorio (se trata otra vez de una conferencia) reduce o anula los datos fríos que serían oportunos para demostrar lo que se pretende. Por otro lado, la cuestión tratada, por su propia naturaleza es esencialmente subjetiva hoy por hoy, como lo demuestran las distintas interpretaciones de los doctos que toman parte en el coloquio final. Sería necesario poder contar previamente con estudios serios y objetivos sobre la cuestión de lo demoníaco en la literatura griega. Sólo así nos convenceríamos del lugar que Eurípides ocupa al respecto.

Las páginas dedicadas al tema de la *Alceste* de Eurípides adolecen del mismo defecto de ampulosidad, por lo que no resulta fácil seguir el pensamiento del autor. En cualquier caso, no son capaces, en contra de lo que pretenden, de demostrar consistente el carácter de Admeto, que se evidencia como el individuo indolente, frente a la mujer «fuerte» representada por Alceste.

El apartado «Un debate sobre la tragedia griega. El héroe, lo 'necesario' y los dioses» contiene los ya señalados defectos y virtudes, consustanciales, según parece, con la obra del autor, a saber, erudición y farragosidad. Aquí trata el

asunto de una discusión habida entre Schaefer y al autor y otros varios, a propósito de la interpretación de la materia que encabeza el título de este apartado. Schaefer parece sustentar, en Esquilo, la hipótesis de la existencia de la libertad de decisión del héroe trágico entre someterse a los dictados externos o seguir los suyos propios, mientras Rivier y otros niegan esta última posibilidad.

El apartado «Notas sobre lo 'necesario' y la 'necesidad'» (pp. 163-194) está para nosotros entre lo mejor de la obra. Llega a la evidencia de que el héroe esquiléo carece de libertad plena, pues la fuerza de la «necesidad» lo domina, lo que no le excluye, según la concepción esquiléa y arcaica, de responsabilidad: he ahí la gran tragedia humana. Pensamos que esta concepción esquiléa refleja viejas ideas de culturas orientales, que en el mundo griego serán superadas por la filosofía socrática. Lo curioso es que, como Rivier muestra con su abundante bibliografía, los investigadores modernos están empeñados en atribuir al héroe de Esquilo libertad en la decisión de sus actos, para así justificar y entender el castigo recibido, con lo que se evidencia lo difícil que le es al hombre desprenderse de su entorno mental, y que le es normal juzgar las cosas no por sí mismas, y de acuerdo con su contexto, sino que el crítico juzga de acuerdo con sus propias estructuras mentales.

II. Poesía lírica. Interpreta A. Rivier Safo 1 B como refiriéndose a la deserción de alguna joven del círculo de Safo, lo que constituye el motivo de la injusticia insita en la función de ἀδικήει (v. 19). Esta hipótesis no es descartada, pero en absoluto demostrada, y el autor no aporta nada por demostrarla sino sólo gratuitas suposiciones. Igualmente acepta τάρην por σ' ἄγην (según él, corrección de Page, en *Sappho and Alcaeus*, 1955, pero que el mismo autor en fecha posterior, en su *Lyrica Graeca Selecta*, de 1968, según comprobamos, ni utiliza ni menciona). Es a todas luces inadmisibile tanto esta supuesta corrección como la traducción de A. Rivier de este término. No convence tampoco el autor con sus correcciones al texto transmitido de Safo (4-5 B, v. 1), excesivamente alambicadas. Mejor impresión causan las de Galiano y Lobel, por más sencillas y con más respeto al texto transmitido.

En el capítulo «Mito y poesía», referido a la obra de Píndaro, Rivier en veintinueve largas páginas ve la función del mito en su capacidad de «agente de una transmutación... de la victoria agonística... en la unidad de la significación más rica, más amplia y más durable», resultado al que han llegado los más modernos investigadores, así Köhken. Pero mientras este último autor hace un estudio concreto y detallado, con demostraciones basadas en datos, Rivier escribe pródigas afirmaciones generales, que exasperan al lector, pues más que un estudio de investigación resultan ser un simple (y no demasiado penetrante) comentario literario. Entendemos que en punto a investigación no es el actual tiempo propicio para largas digresiones, sino para estudios concisos, en los que sean pertinentes los conceptos.

III. Filosofía. De los capítulos «Pensamiento arcaico y filosofía presocrática» y «Sobre el racionalismo de los primeros filósofos griegos» debe señalarse lo reiteradamente reseñado a propósito de los capítulos anteriores: evidencia hasta la saciedad una dicción amplia, redundante, que impide ver la línea seguida, a la vez que trata cuestiones generales en las que poco convence el autor, dado que nos está vedado convencernos, pues no presenta el texto que suministraría los datos que pudieran convencer. Una vez más cabe afirmar que estas características vienen, al menos en parte, condicionadas por el hecho de tratarse de

conferencias dirigidas a un público, a lo que parece, no demasiado especializado. Por nuestra parte no creemos detectar en estos capítulos ningún provecho ni para el especialista ni para el profano. Otro tanto está uno obligado a decir del resto de los capítulos insertados bajo el epígrafe de «Filosofía», a saber «Sobre el racionalismo de los primeros filósofos griegos», «Notas sobre los fragmentos 34 y 35 de Jenófanes» y «El hombre y la experiencia humana en los fragmentos de Heráclito». Rivier, en el capítulo citado en último lugar, agrupa fragmentos heracliteos supuestamente homogéneos. Ahora bien, entendemos que en cualquier estudio de la doctrina de autor tan peculiar y profundo resulta metodológicamente obligado llevar a cabo un análisis filológico, extenso e intenso, que nos ofrezca garantía del sentido del texto, tarea previa a cualquier resultado. Y esta exigencia no la satisface Rivier.

No causa mejor impresión la parte tocante a «Pronóstico y previsión en Tucídides» del capítulo IV «Medicina». Es difícil seguir, en tan prolija exposición, los hilos de la tesis de Rivier, en la que los datos necesarios están sustituidos por críticas y comentarios de otras obras y autores, sin aportación de razones de peso.

De carácter muy diferente se evidencia el último trabajo del libro «Contaminación primaria o modificación secundaria en la tradición medieval del *De morbo sacro*. El caso del Corsinianus 1.410». Frente a la tesis de los que sostienen que el texto del manuscrito C(corsinianus) deriva del M(arcianus), que explican las lecciones comunes de C con θ sobre la base de una contaminación, Rivier, en este su trabajo bien montado a nuestro parecer y aportando razones de peso, defiende que el Corsinianus y el Marcianus proceden ambos de un modelo común, aquí llamado β , y éste, a su vez, de otro, al que remontaría también, por otro lado, el θ . Y como Rivier ha tenido el acierto de presentarnos, junto a su disertación y el resultado de ésta, el texto de los diversos manuscritos cuya filiciación está en juego, podemos apreciar y convenir con el autor que la estrecha y esencial similitud entre el texto de C y el de θ se explica mejor por la vía propuesta por Rivier que por la de la contaminación, más aún cuando M se demuestra en ocasiones haber innovado por sí solo, sin ser seguido por C.

JOSÉ VARA

FRIEDRICH, RAINER.—*Stilwandel im homerischen Epos*. Studien zur Poetik und Theorie der epischen Gattung. Heidelberg, Carl Winter. Universitätsverlag, 1975. 211 pp.

Presentado como *Dissertation* en la Universidad de Gotinga, el trabajo de R. Friedrich consta de tres grandes capítulos, precedidos de una introducción, en la que el autor expone el tema de su trabajo. El poeta de la *Odisea*, dice, imita al de la *Iliada* en la forma, siendo el contenido diverso, pero aun en aquélla impone su propio carácter y de ahí que se pueda hablar de un «Stilwandel» en el Epos homérico. Esta tesis se desarrolla tras una breve consideración sobre el problema homérico. Friedrich se declara unitario, reconociendo los valores del análisis; a partir de ese supuesto, que intenta justificar, aborda el estudio del estilo de los dos grandes poemas, *Iliada* y *Odisea*, para demostrar el cambio de

estilo en el segundo con respecto al primero y sirviéndose de los resultados de su análisis para defender igualmente la unidad de la *Odisea*.

En el segundo capítulo, fundamental en el desarrollo del trabajo, estudia el autor lo que él llama «die digressiven Elemente des epischen Stils» (los elementos de digresión del estilo épico): «Episode» (episodio), «Exkurs» (digresión), «Gleichnis» (símil) y «Erzählung in der Rede» (narración en el discurso). Así, después de explicar lo que entiende por «digressiv», nos dice que los episodios de la *Iliada* están en relación con el tema principal, por lo que se diferencian de los «Exkurse». Son episodios en ese poema, por ejemplo, la lucha entre Paris y Menelao, la principalía de Diomedes, el viaje de Odiseo a Crisa, etc. Todos ellos llevan el peso y el acento de la narración a temas no centrales, con los que se produce la digresión, actuando como retardadores de la acción. En la *Odisea* la llamada Telemaquía es un episodio con fuerte poder de digresión, que se relaciona difícilmente con el tema principal. La diferencia entre los episodios de uno y otro poema estriba en que los de la *Odisea* se desarrollan en acciones paralelas contemporáneas y no son independientes, sino que existen por su relación con el tema de la vuelta de Odiseo.

La retardación de los «Exkurse» es más fuerte que la de los episodios por no ser propios del tema principal. La construcción del muro en M, la descripción del escudo de Aquiles en Σ y la del arco de Odiseo en φ son ejemplos de «Exkurse», más extensos y con más detalles en la *Odisea*. El poeta de la *Odisea* tiene ante sí las digresiones de la *Iliada*, pero su temática no le permite usarlas tan a menudo e intenta compensar esto con «Exkurse» (digresiones) mayores y más perfectas.

En la *Iliada* hay más símiles (*Gleichnisse*) (176) que en la *Odisea* (46) y en la primera se pueden distinguir cuatro tipos de símiles: (Δ 472 y ss.), (Λ 292 y ss.), (Π 156 y ss.) y (Π 352 y ss.). Mientras los «Exkurse» son digresiones en el pasado, los símiles lo son en el presente y en el acontecer elemental de la naturaleza. Los últimos son más comunes en las batallas que en los discursos, lo que explicaría su menor frecuencia en la *Odisea*, donde abundan los discursos directos. Además, al ser elementos de retardación, los admite menos la estructura de dicho poema.

Friedrich estudia después «la narración en el discurso» y su diferencia con los símiles. Aquella está construida en forma de *paradeigmata* y de consejos. La *Odisea* imita también en esto a la *Iliada*, pero de un modo especial, que indica su desarrollo característico. En aquella los *paradeigmata* (modelos) están en relación, no con situaciones particulares, sino con las figuras centrales del poema (Odiseo, Penélope, Telémaco, Pretendientes), dando con ello mayor unidad a la obra. En la *Odisea*, dice Friedrich resumiendo, no hay una estructura paratáctica, como en la *Iliada*, sino una subordinación de todas las escenas a la acción principal, con lo que tenemos una poesía complicada, pero a su vez unitaria.

En el tercer capítulo se estudia la relación entre unidad y variedad en la épica homérica, explicando el significado de los elementos de digresión en la misma. El autor lo resume así: su significado y mérito está en que hacen entrar toda la realidad en el acontecer épico y lo extienden con su abundancia concreta.

El cuarto y último capítulo se titula «Die Odyssee als Epos neuen Stils». En él se van señalando las peculiaridades del estilo de la *Odisea*, a pesar de la intención del poeta de imitar a Homero. Se resaltan los puntos de contacto entre la novela y el tema de la *Odisea*; como un mundo no heroico, en el que domina el *noos* frente al *thymos* de la *Iliada*, pasa a un mundo político en el plano humano y en el divino. No obstante Odiseo actúa como héroe en varias ocasiones (frente

al Cíclope, ante los pretendientes, etc.), con lo que un tema típico de la novela se convierte en épico.

En relación con los libros de la *Telemaquía*, piensa que están dentro del tema principal, que es el enfrentamiento de Odiseo con los pretendientes. El Epílogo de la *Odisea* (ψ 297 —final), frente a autores como Schadewaldt, no es de un poeta diferente, dice, sino que forma parte del poema del *Nostos* de Odiseo, que sin él se reduciría a una historia de familia, a una novela. No obstante, la *Odisea* no destierra por completo el carácter novelesco: en ella, como en la novela, una figura central lleva el peso de la acción, algo que no encontramos en la *Iliada*. Pero la diferencia entre el poema épico de la *Odisea* y la novela reside en que la figura de la novela es ampliada en el Epos, donde se convierte en una figura que encierra la totalidad del mundo. De la figura del aventurero se pasa a la del señor y, por fin, a la del héroe.

El poeta de la *Odisea*, dice Friedrich, se encuentra con una serie de acontecimientos, que hay que integrar en una unidad, para lo cual tiene a Homero, al que imita. Como, además, su material es distinto al de la *Iliada*, tiene que crear otros medios formales, en lo que reside la razón del «Stilwandel», con el que se salvan las dificultades.

El trabajo de R. Friedrich nos parece, en general, valioso y recomendable en un acercamiento al estilo de la épica griega, en donde *Iliada* y *Odisea* pertenecen no sólo a distintos autores, sino a mundos diversos, como muy bien resalta el autor. No obstante, pensamos que un acercamiento más formal (se parte demasiado del contenido) a la estructura de los diversos elementos, que se estudian en el capítulo segundo, habría dejado más patente, quizá, el cambio de estilo, defendido por la tesis del autor para la épica homérica.

JOSÉ GARCÍA LÓPEZ

SCHMIDT, M.— *Die Erklärungen zum Weltbild Homers und zur Kultur der Heroenzeit in den bT-Scholien zur Ilias*. Zetemata. Monographien zur Klassischen Altertumswissenschaft. Heft, 62. München, C. H. Beck, 1976, 205 pp.

Se trata de la tesis doctoral del autor, presentada en Heidelberg en 1969. La presente monografía resulta una compilación abreviada de la misma.

Como es sabido, los escolios de Homero tal y como se encuentran en los manuscritos de época bizantina se dividen en *Scholia minora* o *Scholia Didymi* (= D), aunque nada tienen que ver con este gramático, y *Scholia maiora*. Estos, a su vez, suelen agruparse en dos familias: una (= A) que remontaría a los libros de Aristarco y de sus cuatro discípulos (Didimo, Aristónico, Nicanor y Herodiano) y, nos ha llegado a través de sucesivas reelaboraciones y extractos en el *Venetus A*; la otra, (= bT) estaría constituida por los denominados «escolios exegeticos», cuyo contenido no se limita a explicar las palabras difíciles del texto, sino que además comenta nombres mitológicos, geográficos, etc.... y nos ofrece una visión estética, moral y cultural del mundo homérico, así como una interpretación gramatical y retórica de muchos pasajes de la *Iliada*. Estos escolios nos han sido transmitidos principalmente por el *Venetus gr. 821* (B) y por el cod. *Townleyanus* del Brit. Mus. Burney, 88 (T).

El autor ha tenido en cuenta los estudios preliminares de Erbse y la monumental edición de éste de *Scholia Graeca in Homeri Iliadem* (vol. I-IV: A-T), en lo relativo a la clasificación del material y de la tradición manuscrita.

Creemos que el estudio del doctor M. Schmidt constituye una excelente introducción a la lectura de la edición de Erbse y es un buen ejemplo metodológico de cómo estudiar y manejar un material de primer orden a la hora de la exégesis del texto homérico.

Tal vez M. Schmidt sea optimista al considerar la antigüedad helenística de muchos de estos escolios, aunque en el apartado relativo a la cronología los considere más tardíos. Ve en muchos de ellos una fuerte influencia de Aristarco, pero reconoce que «existen no pocos escolios cuyas aclaraciones se oponen a él» (p. 156), como son aquellos que exponen las teorías fundamentales de la física y del mundo estoico o los que contienen interpretaciones alegóricas, identificando, por ejemplo, al Olimpo homérico con el cielo.

Esta interpretación estoico-algórica nos situaría más bien en época romana, a la cual remontaría en último término el material más antiguo del *corpus*. Creo que M. Schmidt no ha destacado suficientemente las continuas reelaboraciones y resúmenes de gramáticos, lexicógrafos y maestros de escuela, que desde finales de la antigüedad y a lo largo del medievo bizantino modificarían profundamente el comentario de los grandes maestros helenísticos.

Suponemos que las lecturas de los papiros I-IV-IX con escolios marginales, están tomadas de algún libro de Aristarco. Pero es llamativo el hecho de que todavía no hayamos encontrado papiros con escolios semejantes a los transmitidos por los códices medievales.

Tal vez habría que admitir que el material de los manuscritos sufrió una profunda reelaboración al pasar de los volúmenes de papiro que ofrecían los comentarios independientemente del texto poético, a los márgenes del *codex*, donde el texto poético va acompañado de comentarios. Habría que contar igualmente con sucesivas alteraciones de simplificación y amplificación de contenido, ya por razones de tipo escolar, ya por motivos de espacio dentro de los márgenes del *codex*. A esto habría que añadir también el continuo transvase entre escolios y léxicos, cuyas relaciones no han sido abordadas ni con amplitud ni con profundidad por parte de los estudiosos.

Por eso el planteamiento de M. Schmidt de considerar de época helenística un importante número de «escolios exegéticos» podría parecer un tanto excesivo. Basarse en el contenido de los escolios para atribuirlos a un maestro determinado o a una época concreta, es un procedimiento no exento de riesgo. Nada hay más variable que un *corpus* de escolios sometido al continuo quehacer de maestros de escuela. Si por algo se caracterizó la civilización bizantina fue por su conservadurismo y falta de originalidad creadora. Este tradicionalismo se mantuvo particularmente pujante dentro de la escuela, cuyos programas y explicaciones apenas sufrieron modificación alguna durante varios siglos.

No sería nada extraño el que los *magistelli* recurrieran al nombre de un gran maestro para dar autoridad a una explicación determinada. Por otra parte, la estética antigua y el método alegórico en la explicación de textos perduró hasta muy finales de la antigüedad y principios de la Edad Media.

No negamos el hecho de que la tradición ha sido «fiel» en la transmisión del *corpus* de escolios y que algunos materiales, en casos muy aislados, remonten a época helenística, pero tal y como se encuentra en los manuscritos medievales

no nos parece que vaya más allá de la «Universidad» de Constantinopla, es decir, de los siglos IV y V, y contando también con las aportaciones de los maestros del primer humanismo bizantino (siglo IX), cuya intervención habría que tener en cuenta.

Sin duda que los recopiladores se basaban en material precedente, pero hay que suponer y no sin fundamento que dicho material en gran parte había sido ya reelaborado.

En otros aspectos la monografía de M. Schmidt, ya lo hemos dicho, es un modelo de análisis sobre un material a veces difícil y que aborda con maestría y competencia. Considero muy bien estudiado todo lo relativo a la cosmología homérica: Aer/Aether, Hades/Tártaro, el océano como horizonte y mar del mundo, etc., así como aquellos aspectos que podríamos englobar bajo el término de *realia*.

Nos hubiera gustado ver más desarrolladas las primeras 60 p. p. y tal vez que el índice de palabras, tanto las relativas a los escolios como las del texto de Homero, fuera más completo.

El libro, no cabe duda, nos ofrece una visión amplia del concepto del mundo de Homero a través de los escolios bT, resultando su lectura amena y agradable. Su contenido encaja perfectamente dentro de la colección *Zetemata* que tan útiles servicios está prestando a los estudiosos del mundo clásico.

G. MOROCHO GAYO

DEARDEN, C. W.—*The stage of Aristophanes*. University of London, The Athlone Press, 1976, 203 pp.

El profesor C. W. Dearden, de la Victoria University de Wellington (Nueva Zelanda), ha prestado un inestimable servicio a los estudiosos del teatro ateniense del siglo V, al replantear en esta obra el problema de su representación.

Como el mismo Dearden indica en el prefacio, los desacuerdos de los críticos sobre esta cuestión son fácilmente explicables por «the paucity of archaeological evidence, the doubtful value of theatrical illustrations on vases, the confused and often contradictory statements of scholiasts and lexicographers». Pero tales dificultades, lejos de paralizar la investigación la han estimulado, como prueba la abundante bibliografía sobre el tema y las polémicas que de vez en cuando se entablan en las revistas especializadas. Como excusa para añadir un nuevo estudio a los ya existentes, Dearden ofrece plantear la cuestión desde un punto de vista diferente y ocuparse de un solo autor, Aristófanes, a través de sus obras trata de imaginar el tipo de teatro que verosimilmente habrían exigido; luego, intenta analizar la compatibilidad de estas conclusiones con los datos arqueológicos y de otra índole. La razón de escoger a Aristófanes es que este autor, al utilizar con frecuencia como recurso cómico el abandono o la ridiculización de las propias convenciones dramáticas de la representación, es en este punto un testimonio mucho más explícito y valioso que los poetas trágicos.

El libro de Dearden, basado en la tesis que presentó en la Universidad de Londres, consta de nueve capítulos, donde estudia los diversos aspectos materiales de la representación dramática en el marco de las fiestas dionisiacas: la forma

del teatro, la *skene*, las máquinas escénicas, los actores, el coro, el vestuario y las máscaras. Se añade un apéndice en el que se intenta reconstruir la escenificación de cada una de las once comedias aristofánicas.

Una obra como esta tiene que ser en gran medida una discusión de los diversos puntos oscuros y, por ello, controvertidos. En efecto, Dearden va exponiendo metódicamente las opiniones ajenas y fijando su postura frente a ellas.

Pasamos revista a continuación a las cuestiones más importantes y debatidas.

En lo que se refiere al marco de las representaciones dramáticas, el principal problema es el de que algunos críticos han sostenido que los dos festivales (Dionisias y Leneas) requerían teatros y escenarios completamente diferentes y que, por tanto, los datos sobre uno no pueden usarse para el otro. Dearden piensa que en su origen el festival de las Leneas tenía poca importancia y que cuando la adquirió se lo trasladó (desde una localización anterior, difícil de precisar) al teatro de Dioniso, hacia el 442 a. C. No considera convincentes los argumentos de Russo en pro de dos teatros, basados en datos de las obras de Aristófanes representadas en las Leneas. A falta de testimonios antiguos sobre la existencia de dos teatros en época de Aristófanes debemos aceptar que las representaciones de las Leneas se celebraban en el teatro de Dioniso. Por otra parte, habría escasa diferencia en la escenificación de las obras de uno a otro festival. En cuanto al criterio para asignar a una u otra fiesta las obras no asignadas, Dearden, apoyándose en el testimonio de Aristófanes en *Ach.* 502 sigs. sobre el carácter más doméstico del festival leneo, atribuye a éste las obras más ricas en alusiones políticas (*Acarnienses*, *Caballeros*, *Avispas* y *Ranas* —ya documentadas en ese sentido—, más *Asambleístas*); a las Dionisias corresponderían —además de las ya asignadas *Nubes* y *Paz*—, *Lisístrata*, *Tesmoforiantes* y *Pluto*. La única excepción sería *Aves*, que se representó en las Dionisias, pese a que el número de sus referencias políticas sugeriría que lo fue en las Leneas. En nuestra opinión, esta aparente excepción es más bien una prueba de que el argumento no es válido. Cuesta creer que Aristófanes, a partir de su incidente con Cleón, se impusiese una especie de autocensura política en las obras presentadas a las Dionisias; una vez más se da a las palabras del poeta, puramente ocasionales, un alcance excesivo.

Por lo que se refiere a la forma del teatro, Dearden describe los restos arqueológicos y discute las interpretaciones de Pickard-Cambridge y Webster. Dos dibujos que reproducen, respectivamente, el plano de los restos del teatro de Dioniso del siglo V, y una posible reconstrucción de la *skene* del mismo, ayudan a seguir la argumentación de Dearden, quien, además, comenta los pasajes de Aristófanes referentes a las partes del teatro; son referencias útiles, pero limitadas, por lo que concluye que los datos deben deducirse de una interpretación subjetiva de sus comedias.

La polémica sobre la escena ha desembocado en una discusión sobre las ventajas respectivas de una escena baja y de un teatro sin escena. Los datos literarios y las pinturas de vasos sugieren la existencia de una escena. La evidencia interna de las obras es la más importante, aunque subjetiva, pues las frecuentes referencias a «arriba» y «abajo» sólo pretenden sugerir al público una ambientación. Por otra parte, los datos desmienten cualquier teoría sobre contacto estrecho coro/actor en el área de actuación, aunque no se puede extraer de ello un argumento en contra de la escena; más bien reforzaría la suposición de la existencia de una escena baja, suficiente para elevar un poco a los actores sobre el coro, sin destruir la relación entre ellos.

El problema de cuántas puertas requieren las obras de Aristófanes ha apasionado a los críticos en los últimos años, sin que se haya llegado a una solución aceptable. La tragedia, según se ha demostrado, sólo necesitaba una; en cambio, se acepta en general la necesidad de más de una para la comedia. Tras una discusión detallada de los argumentos, Dearden concluye que el uso de una sola puerta simplifica mucho el montaje escénico, porque el público puede entender fácilmente la localización cambiante de las escenas consecutivas. En este punto, la línea de su argumentación nos parece muy convincente.

Al tratar de la *skene*, Dearden se inclina por una instalación semipermanente, adaptable a las necesidades de cada obra mediante la utilización de paneles pintados con decorados poco específicos. La acusación de falta de realismo en el uso del tiempo y el lugar en las obras aristofánicas la considera, con acierto, injustificada y producto de modernos prejuicios. Las obras se desarrollan con una total fluidez de localización, lo que hace imposible que se representasen ante un fondo realista. Por ello, creemos innecesario interpretar *Arch.* 133-175 como intento deliberado de burlarse de la convención teatral del tiempo transcurrido; sería un ejemplo más del concepto del tiempo confuso, no específico, que maneja Aristófanes.

Dearden dedica un capítulo a cada una de las máquinas escénicas: *ekkyklema* y *mekhané*. Sobre el primero concluye que Aristófanes lo utiliza ampliamente, pese a sus críticas a Eurípides por su abuso de él; pero es interesante observar que, cuando lo usa, no lo menciona y sólo llama la atención sobre él en las parodias del uso ajeno. Su manejo debía de ser sencillo y parece que no estorbaba a los actores, de modo que no debía de elevarse mucho sobre el escenario. Parece que no tenía función fija. Los poetas trágicos serían más conservadores en el uso de la máquina, pero Aristófanes parece haberla tratado como un útil con capacidad de adaptación infinita; a nuestro parecer, Dearden supone un uso demasiado abundante del *ekkyklema* en contraste con la simplicidad que atribuye al montaje de las obras aristofánicas en otros aspectos. En cuanto a la *mekhané*, Aristófanes sigue en general el uso de los poetas trágicos que la utilizaban principalmente para presentar dioses y héroes, con frecuencia, aunque no exclusivamente, en vuelo. En la parodia del uso de este aparato, Aristófanes pretendería llamar la atención sobre su funcionamiento, aunque estas parodias no consisten sólo en la máquina, sino en auténticas escenas. La excepción que supone Dearden en la aparición de Sócrates en *Nubes*, donde no encuentra indicación de vuelo o parodia, ni de particularidades técnicas de la máquina, podría eliminarse, si se admite que la *mekhané* sirve en general para presentar a personajes suspendidos en el aire; Sócrates «está en las nubes» y esa idea, burlesca por otra parte, puede sugerirse con la *mekhané*.

La discusión sobre el número de actores en la comedia es también vieja y encarnizada. Según Dearden, debemos volver a los datos antiguos, que en gran parte se refieren más a la tragedia que a la comedia, pero que no dan pie a atribuir a ésta mayor número de actores que a aquélla. En cuanto al testimonio de las obras aristofánicas, Dearden tras un análisis minucioso de los pasajes que parecen exigir más de tres actores hablando en escena, llega a la conclusión de que Aristófanes parece haber necesitado y usado a veces cuatro actores, pero las partes atribuidas al cuarto son pequeñas. Sería posible redistribuir todas las partes para incluir un cuarto actor que facilitaría la tarca del tercero y en ese caso, según Dearden, cabría pensar en un actor extra, quizá un meritorio. Pero las

escenas con cuatro actores son excepcionales. Por ello, Dearden rastrea la posible huella en las obras de la regla de los tres actores y advierte que en muchas ocasiones un personaje principal abandona la escena y otro también principal aparece en ella a los pocos versos; la frecuencia de estas salidas y su escasa justificación en muchos casos hacen pensar que, en general, de los tres actores en escena uno debe marcharse antes de que aparezca otro y este sería el mejor argumento a favor de la regla de los tres actores. Las excepciones serían mínimas y, en todo caso, siempre cabría la posibilidad de contar con actores suplementarios para pequeños papeles, incluidos probablemente, como indica Pólux, en el término *parakhoregema*. Esta solución ecléctica es, a nuestro entender, bastante razonable, aunque Dearden sigue recurriendo a actores extras con demasiada frecuencia; por ejemplo, en *Ach.* 129 pensamos que no es necesario un extra para representar el papel de Anfiteo en una aparición momentánea. Puesto que Dearden, con razón, admite pausas entre escenas en otras ocasiones, cabría hacerlo también aquí. Por otra parte, si se piensa en la rapidez con que los actores modifican su traje a la vista del público en determinados montajes escénicos actuales, no extrañará que un mismo actor pudiese representar distintos papeles en escenas consecutivas.

Muy interesante es el estudio que Dearden dedica al protagonista como elemento unificador de la obra. Se encuentran diversas técnicas: presencia continua en escena del personaje principal, salvo durante la *parábasis* y los cantos corales (*Acarnienses*, *Ares* y *Tesmoforiantes*), o con breves ausencias (*Ranas* y *Nubes*); o bien aparición tras un prólogo que antecede a su entrada (*Caballeros* y *Paz*); presencia de dos personajes principales que equilibran la acción (*Avispas* y, parcialmente, *Ares*); presencia alternativa de dos personajes principales (*Asamblistas*). Cuando el personaje o personajes principales desaparecen, la estructura de la obra se debilita y la acción se vuelve confusa. *Pluto*, con el uso alternativo de los dos personajes principales, tras la escena inicial en que aparecen juntos, ofrecería una solución satisfactoria, al conjugar la claridad de construcción con la variedad argumental.

La decadencia del coro, atribuida a diversas causas, es interpretada por Dearden como el episodio final de un conflicto que empieza con el intento de Aristófanes de hacer más dramática la forma triádica que, según se supone, proporcionó los elementos básicos de la comedia. Las obras más antiguas muestran al coro en un papel mucho más vigoroso, usualmente en oposición a uno o más personajes principales; las últimas, en cambio, indican que cuando el coro no tiene a quien enfrentarse, se convierte en simple apoyo del protagonista. La decadencia de la *parábasis* refleja la del coro: en las primeras obras la *parábasis* está completamente desligada de la acción; en *Ares* se intenta incorporarla a la estructura de la obra y se elimina la conclusión de la acción que originalmente señalaba, pero esto mismo la condena a desaparecer.

En cuanto al traje de los actores, la cuestión más controvertida es el uso del falo. Dearden se adhiere a quienes admiten su presencia en la indumentaria de los actores, señalando que las obras conservadas sugieren su uso y que sin él algunas escenas serían inexplicables; además, la documentación figurada apoya esta tesis. No admite como testimonio negativo el de *Nr.* 537, por considerar acertadamente que Aristófanes, en esto como en otras cosas, pretende sólo censurar la vulgaridad de sus competidores, sin que ello suponga que la eliminase

totalmente de sus propias obras. La evolución hacia la decencia en la vestimenta de los actores, con la eliminación de rellenos y falo, sería posterior.

Los datos más antiguos sobre máscaras cómicas remontan sólo a los comienzos de la Comedia Media, pero permiten imaginar como serían las de las primeras obras de Aristófanes. Tras una discusión previa sobre los diversos problemas que plantean, Dearden intenta una atribución de máscaras a los personajes aristofánicos; intento hipotético y subjetivo, según confiesa, que pretende incluir la descripción hecha por el poeta y, donde esto es imposible, dar una interpretación personal; después intenta descubrir un paralelo confirmatorio en los monumentos. Entre los muchos detalles que en este capítulo se prestan a comentario señalamos sólo dos referentes a las máscaras de Paflagón y los dos esclavos de *Caballeros*. No nos convence, aunque Dearden la acepte, la argumentación de Dover sobre el carácter no retratístico de la máscara de Paflagón: el no retratar a Cleón sería sólo una excusa para atribuir al político una máscara horrible, posiblemente porque su rostro no tenía rasgos suficientemente característicos. Si se piensa en la habilidad con que los dibujantes políticos caricaturizan a sus personajes, tal objeción no parecerá de mucho peso, aun reconociendo las dificultades técnicas que presentaban las máscaras. Por otra parte, como Dearden admite, Aristófanes parece suponer que el público esperaba una máscara retratística y por ello cree necesario justificar su ausencia; que el retrato fisonómico fuese sustituido por otro psicológico de mayor fuerza cómica, como piensa Dover, es perfectamente verosímil, pero no obedecería a imposibilidad de retratar al personaje, sino precisamente a un deseo de reproducir plásticamente la opinión peyorativa que a Aristófanes le merecía. En cambio, Dover tiene razón en señalar que la identificación inmediata de los dos esclavos de Demo como Nicías y Demóstenes no es indispensable. En realidad, si el criado primero se identifica indirectamente como Demóstenes en los versos 54-55, la personalidad del segundo queda mucho más desdibujada.

Finalmente, el apéndice sobre la escenificación de las obras, si bien promoverá discrepancias sobre algunos pormenores, será de mucha utilidad para los futuros editores y traductores de Aristófanes.

F. RODRÍGUEZ MONESCHILLO

LORCHER, GESINE.—*Der Aufbau der drei Bücher von Ovids Amores*. Amsterdam, B. R. Grüner, 1975, 105 pp.

Las intenciones que muestra la señora Lörcher en las primeras páginas de este estudio son las de señalar el plan que Ovidio siguió al escribir los *Amores* sin pretender aplicar un corsé previamente fabricado. El estudio habla de la composición, o mejor, construcción de los *Amores* de Ovidio, aquella de las obras eróticas del autor que conocemos por una segunda edición que suprimía dos de los cinco libros originarios.

Por consiguiente, lo primero que debemos considerar es el hecho mismo de plantearse una obra literaria como construcción, palabra de uso corriente en nuestro idioma, que en este caso se da la mano con la más seria y sofisticada de estructura, etimológicamente también, por cierto, como se echa de ver.

Ahora bien, es obvio que toda obra literaria, al menos la que pretenda ser tenida por tal, responde inevitablemente a un plan general que su autor se ha trazado y que de una forma u otra sigue a lo largo de toda aquélla.

Pero una cosa es plan y otra, estructura; el primero debemos afirmarlo como algo inevitable; no parece, en cambio, tan evidente la presencia de una estructura que *a priori* evoca una cierta rigidez en la concepción de la obra.

Es más, en nuestro caso concreto no se trata de una creación continua, progresiva, por llamarlo de alguna forma: los *Amores* de Ovidio son un conjunto formado por tres libros y cada uno de ellos por un determinado número de poemas o elegías. Se ve ahora cuán diferente debe ser una supuesta estructura en una obra continua, como por ejemplo la *Historia* de T. Livio, y aquella que campea en esa obra discreta que son los *Amores* ovidianos.

El sentido de simetría y paralelismo me parece algo evidente en los escritores latinos; se trata de una cuestión con apoyos lingüísticos e histórico-poéticos: no tenemos más que pensar en los viejos *carmina*, aquellas fórmulas en que esos elementos nombrados se encuentran en su salsa; y asimismo, otros más, de refinada cadencia, conocidos por cualquier estudioso de lo clásico.

En lo que respecta a los *Amores* hallamos una situación similar a lo que puede ocurrir, por ejemplo, con la colección de las églogas de Virgilio. Notoria es la cuestión de su composición, que busca la simetría y una especie de rítmica responsión en la ordenación de las diversas églogas. He aquí la cuestión que se debate en el estudio de Gesine Lörcher: tratar de localizar, si existe, algún principio ordenador en la secuencia de los distintos poemas.

G. Lörcher es flexible: rechaza el corsé previo y pretende mediante un «examen interno» de la obra descubrir el plan que siguió Ovidio. El método nos parece abierto y por ende, sensato y encomiable.

En primer término, la autora considera la supuesta división de los poemas II 9 y III 11, y la genuinidad de la elegía III 5, pronunciándose negativamente respecto al primer problema y positivamente respecto al segundo. En conclusión, admite 15 elegías para los libros I y III, y 19 poemas para el libro II.

La autora admite en todos los libros una disposición anular de las elegías, en forma que los temas tratados se repiten en correspondencia; y existe además una especie de preparación del lector respecto a lo que ha de venir, así como referencias a lo que ya se ha dicho en otras elegías. A juicio de la señora Lörcher, sería ésta una especie de servilumbre, presente en todo autor antiguo, motivada por un simple hecho material: el empleo del rollo de pergamino que coarta la rápida visibilidad del lector.

De esta manera distinguiríamos en el libro primero dos elegías programáticas (1 y 15) enmarcando al mismo, en las que se tratan cuestiones de poesía en general, en una comparación entre la épica y el género amatorio. El poema central (8) muestra la enseñanza, negativa, de un amor prostituido y a ambos lados de ese centro se diseña un número de elegías en paralelismo y correspondencia: 2 y 9, de carácter introductorio, decantando la postura del poeta; ambas elegías encierran un lenguaje militar semejante; 3 y 10 revelan un paralelismo que concierne al tema de la fidelidad, con un vocabulario idéntico, así como el de la inmortalidad; 4, 5 y 6 están en correspondencia con 11, 11 y 13, siendo el contenido de las seis la relación íntima, al tiempo que se crea una especie de quiasmo distante al contraponerse los aspectos de logro y rechazo: la 5, por ejemplo, manifiesta un logro de amor, en tanto que su correlato, la 12, revela un rechazo de amor; por último,

los poemas 7 y 14 tratan ambos de la belleza personal, tomando como manifestación modélica el cuidado del pelo. Para este libro, la autora acepta la propuesta de A. Gassmann (*Komposition und Anordnung im ersten Buch von Ovids Amores*, Tübingen, 1968) a saber: «composición paralela como principio determinante de ordenación».

De la misma manera se siguen analizando los siguientes libros. En el II, los tres poemas iniciales y los tres finales enmarcan, con su carácter programático, los restantes trece poemas: posición y tema de las elegías. Y a continuación: 9 y 12 tratan el tema del triunfo en el amor; 6 y 15 son copias helenísticas; un grupo: 4, 5, 7, 8 y 10 muestran las vicisitudes del amor en escenas burlescas; otro: 11, 13, 14 y 16 revelan las dificultades del amor. Al contrario del primer libro y del último, en éste busca Ovidio la variedad insertando temas diferentes de una u otra elegía. A juicio de Lörcher, dichas variaciones no son caprichosas, sino bien premeditadas. El tercero y último recuerda más de cerca al primero: 1 y 15 - elegías programáticas; el poema central, 8, con sus adláteres 7 y 9 encierran un pequeño ciclo en torno al poeta Tibulo; 6 y 10 tratan la separación de los enamorados; 4 y 12 contemplan la prostitución de un personaje femenino, etc. A la vez ensaya, como en el segundo libro, el intercalamiento: «autocopia» denomina la autora el procedimiento, señalando para terminar que el estudio de si Ovidio sistematizó las 49 elegías entre sí, como lo hizo dentro de cada libro, está por hacer, y ella no ha pretendido tal cosa con su trabajo.

En las pp. 49, 73 y 89 dibuja el esquema estructural de, respectivamente, los libros I, II y III. Las pp. 101 a 104 las dedica a una exhaustiva bibliografía sobre los *Amores*.

BARTOLOMÉ SEGURA RAMOS

ELSAS, CHRISTOPH.—*Neuplatonische und gnostische Weltablehnung in der Schule Platins*, Berlin-New York, Walter de Gruyter, 1975. XV + 356 pp.

La excelente obra del Prof. C. Elsas obliga a revisar el estudio del Neoplatonismo en dos puntos tan cruciales como la discordia intraescolar de Amelio y Porfirio, y la actitud de un sector tradicionalista cristiano ante el movimiento neoplatónico iniciado por Ammonio y combatido por Arnobio.

Amelio-Porfirio.—En la *Vita Plotini* describe Porfirio su protagonismo influyente en la escuela y actividad filosófica de Plotino, treinta años después de la muerte de Plotino, ocurrida el 270, cuando también había muerto Amelio. Porfirio —heredero de los fondos plotinianos y su editor póstumo— describe las vicisitudes de Plotino, primero en Alejandría, una vez desaparecido Ammonio, y después en Roma con Amelio desde el 246. Porfirio ingresa en su escuela el 263 y provoca discusiones con Amelio, quien defiende a Plotino contra las objeciones de Longino, discípulo de Ammonio. Porfirio se declara vencido, pero reacciona a su vez contra el criterio de Amelio, quien considera (como otros muchos) a Plotino tributario del pensamiento de Numenio. Plotino no interviene en este debate y escribe las *En.* III 8(30), V 8(31), V 9(32) y II 9(33), que (según Elsas) forman un conjunto contra los gnósticos. El duelo Amelio-Porfirio tiene lugar entre el 263 y el 269. Porfirio, contrariado y humillado por las refutaciones de Amelio,

pensó en suicidarse hasta que aconsejado por Plotino se retiró a Sicilia, marchándose también Amelio el 269 a Apamea. Plotino quedó sin sus dos discípulos el año precedente a su muerte. C. Elsas, al analizar estos hechos y otros documentos, traza las siluetas de Numenio, Orígenes (el platónico (!)), Zoroastro, Zostriano, Nessos, Amelio y Porfirio, y deduce que éste oculta su derrota en la *Vita Plotini*, quedando gravemente comprometida su honorabilidad de historiador, y desplazado al mismo tiempo Plotino de su verdadera significación histórica en los años que vivió en Roma.

Tal es el marco histórico logrado por C. Elsas en su estudio objetivo y penetrante. Aunque menos logrado, no es de menor importancia el estudio dedicado a la actitud de Arnobio, por parte cristiana, contra el mismo Porfirio y contra cristianos como Eusebio (*H. E.* VI 12,38), al englobar a los neoplatónicos cristianos y paganos en la común denominación de *uiri noui*, caracterizados por la *inilis mentis* (Arnobio, *Adv. Mal.* II 13). Estos *uiri noui*, unidos por su solidaridad filosófica, responden a la *Generación Sagrada*, formada por Ammonio y sus discípulos Orígenes y Plotino, según Hierocles (Focio, *Bibl. Cod.* 204 y 251). Arnobio impugna la solidaridad que los cristianos forman con los paganos en ese movimiento de los *uiri noui*, del mismo modo que Juan de Scitópolis (*PG* 4,21) censura a los que atribuyen el *Corpus Areopagiticum* a un apócrifo posterior a los Padres Apostólicos. Pero hay también autores cristianos, como Teodoreto (*Cur. aff. gr.*) que los miran con simpatía. De todas maneras, la actitud de Arnobio es característica de una corriente tradicionalista y, por supuesto, contraria a Orígenes. C. Elsas ofrece nuevos elementos para este tema histórico, entre ellos el estudio del *typhus* citado por Arnobio: «typhus qui appellatur a graecis» (II 3 y otros cinco pasajes). Podría haberse añadido que el *typhus* (*Typhon*) incluye una alusión anticristiana en Celso (Orígenes, *C. Celsum* VI 42), tomada sin duda del círculo de Numenio, como puede verse en Proclo, *In Tim.* I 77,9). Arnobio reacciona en II 16 atribuyendo a todos los *uiri noui* el *typhus* o viento enloquecedor. Dasmacio, por el contrario, describe a Proclo en lucha con los vientos tifónicos (cristianos), como un nuevo Hércules en la *Vita Procli*. La obra del Prof. C. Elsas ofrece abundante material para iluminar la lucha ideológica cristiano-pagana en el seno del Neoplatonismo, de profundas repercusiones en la evolución de la filosofía y de la teología, con un gran sentido de objetividad.

E. ELORDUY S. J.

BLOCKLEY, R. C.—*Ammianus Marcellinus. A Study of his Historiography and Political Thought*, Bruselas, Société d'Études Latines 1975, 210 pp.

Nos encontramos ante un trabajo en el que, como indica el subtítulo del mismo, el autor trata de estudiar ciertos aspectos de la historiografía e ideas políticas de un escritor que aparece aislado en el campo de la literatura latina. El tema, y así lo hace notar expresamente su autor, es el análisis de determinados aspectos del pensamiento de Amiano y del procedimiento historiográfico utilizado en la composición de su obra, basado en la interpretación de los datos que ofrecen los textos, lo que constituye uno de los méritos principales del trabajo que ahora reseñamos, y teniendo siempre en cuenta las dos coordenadas que han de regir

un estudio de este tipo: la época a la que pertenece la obra y el género literario en que se encuadra.

Guiado por estos dos principios, Blockley considera la obra de Amiano como fiel reflejo de una época que se encuentra a caballo de dos culturas: la griega y la tradicional romana, encontrándose en esta última los orígenes de gran parte del pensamiento político y moral del escritor, mientras que los procedimientos historiográficos de Amiano, asociado frecuentemente con Tácito, tienen más en común con los empleados por escritores como Eumopio, Olimpiodoro y Prisco.

Dos son, pues, los puntos básicos que el autor aborda a lo largo de los diez capítulos en que divide el trabajo: a) procedimiento historiográfico; b) pensamiento político.

En el capítulo primero centra la atención en el carácter dramático y moralizante de la obra de Amiano, estableciendo las afinidades, pero sobre todo las diferencias que se advierten con los historiadores romanos que le han precedido, nacidas éstas de la enorme influencia que la biografía de tipo anecdótico ha ejercido en la época en que Amiano compone su *Historia*. Partiendo de tales ideas estudia Blockley en el capítulo segundo en qué medida el historiador ha introducido en la obra elementos biográficos entre los que señala como más claros los «sketches» individuales. Los capítulos tercero y cuarto, dedicados a analizar el relato de la revuelta de Procopio y de los acontecimientos protagonizados por el rey armenio «Pap», rompen a mi juicio la continuidad metodológica entre los capítulos precedentes y el quinto, en donde el autor se ocupa de estudiar el tratamiento de que es objeto Juliano, el emperador ideal, de quien Amiano hace un elogio que se ajusta bastante al modelo que ofrecen los paucrícos.

Otros puntos tocados por el autor son: los peligros del Estado; traición, magia y adivinación (Capit. VI); la actitud de Amiano respecto al cristianismo (Capit. VIII); los *exempla* en la *Historia* (Capit. IX). Estudia en último lugar el conflicto entre la *virtus*, la *fortuna* y el *fatium*. El trabajo se completa con la inclusión de siete apéndices, algunos de los cuales resultan muy útiles para la localización de datos concretos.

La impresión que le produce a uno el trabajo después de la lectura del mismo es la de encontrarse ante un estudio de gran utilidad no sólo para el filólogo clásico, sino también para los que se preocupan por las cuestiones de historia antigua. Se pueden distinguir, efectivamente, dos partes que responden a la doble finalidad que persigue el autor. Nos encontramos con una serie de capítulos en los que se tratan aspectos relacionados con la historiografía de Amiano, mientras que en otros el objetivo principal es el de dar a conocer al lector el pensamiento político del historiador, su ideología y postura ante determinadas cuestiones.

No hay duda de que Blockley es un gran conocedor de la obra de Amiano y de su época, como lo demuestra la profundidad y objetividad con que aborda los diversos problemas y como lo ha puesto de manifiesto en trabajos anteriores. Cabe, no obstante, hacer una observación en lo que se refiere a la forma de estar integrados los capítulos teniendo en cuenta el contenido de los mismos. Somos conscientes de que todo orden es arbitrario y subjetivo y de que a veces resulta arriesgado criticar el adoptado por el autor ya que se desconocen las razones concretas que lo han movido a seguir uno y no otro. Parece, sin embargo, que tal vez una estructuración distinta, y a mi modo de ver más coherente, contribuiría a hacerse una idea más exacta del contenido del trabajo.

Me limitaré a citar un solo ejemplo ilustrativo de lo que acabo de decir. Al final de la lectura del libro no acertamos a ver por qué el capítulo noveno en el que se estudian las funciones de los *exempla* y las *sententiae* en la *Historia* de Amiano aparece tan separado del primero, en donde el autor se fija en el valor paradigmático y moralizante de la *Historia*. Esto resulta aun más extraño, si se tiene en cuenta que Amiano introduce en su obra los *exempla* y las *sententiae* con una finalidad eminentemente moralizante, como señala Blockley: «As might be expected, Ammianus' use of his *exempla* is strongly moralizing» (p. 165) (idea que, aunque tomada de Vogt, la demuestra a continuación el autor); lo mismo cabe decir de las *sententiae*: «*Sententiae* are also used with a moral purpose» (p. 166). Es cierto que la moralidad de la obra de Amiano es una idea general a lo largo de todo el trabajo de Blockley, pero es en los capítulos primero y noveno donde se encuentra más desarrollada.

Este pequeño detalle de carácter formal no resta valor al conjunto del libro que permite un mayor acercamiento a la obra de Amiano tanto desde el punto de vista historiográfico como histórico.

JUAN LORENZO

IV. HISTORIA Y SOCIEDAD

Actas de las I Jornadas de Metodología Aplicada de las Ciencias Históricas.— I. Prehistoria e Historia Antigua.—Santiago de Compostela, Secretariado de publicaciones de la Universidad de Santiago y Museo de Pontevedra, 1975. 295 pp.

Acogemos con verdadera satisfacción profesional la publicación de este tomo de las jornadas de metodología histórica. Por lo que toca al mundo antiguo los aspectos metodológicos han sido frecuentemente olvidados y numerosas investigaciones que podrían haber supuesto un avance en nuestros conocimientos no lo han sido tanto en razón de su falta de método. Respecto a la reconstrucción de nuestro más remoto pasado ha sido en los últimos cinco años, aproximadamente, cuando se ha empezado a plantear seriamente la aplicación de métodos procedentes de las ciencias llamadas «exactas», tales como los modelos matemáticos y en general toda la revolución que ha supuesto el cálculo mediante ordenadores.

Pero sin llegar a estos sistemas con base electrónica, necesarios hoy día, hay, en la propia sistemática del trabajo de campo o en la del investigador que realice la publicación, necesidades de método y de planteamiento previo en el enfoque del trabajo, que estaban siendo necesarias y que poco a poco vamos viendo aplicar. El mero acumular datos o la simple catalogación de los materiales de una excavación no dejan de ser necesarios, pero son a todas luces insuficientes y estamos en una etapa en que esto debería estar totalmente superado. Desgraciadamente no lo está para todos.

En la brevedad que se me concede en estas líneas es imposible tratar detenidamente todos los artículos recogidos en este volumen y es por ello, y no porque los consideremos faltos de valor, por lo que nos vamos a referir de una forma

genera la aquellos que, subjetivamente, estén relacionados con lo que líneas arriba planteábamos.

Es significativa la referencia a los métodos de la Antropología Social que hace el maestro Pericot, siempre anecdótico por otra parte; se hace continua referencia a estos problemas, pero son pocas las publicaciones que están en esta línea de trabajo. En este sentido son interesantes las aportaciones de Vázquez Varela y Aparicio Pérez, aunque por las características de brevedad que impone la publicación sus trabajos no sean sino simples esbozos de una investigación.

No podemos dejar de referirnos al trabajo del profesor Maluquer, que fiel a su costumbre de poner los puntos sobre las íes intenta aclarar ese farragoso mundo de las nomenclaturas de nuestra protohistoria.

El apartado de Historia Antigua presenta tres divisiones de notable interés en la línea en que progresan nuestros conocimientos de esta materia. En primer lugar destaca la aportación del profesor Tarradell, que establece una relación entre la presencia o no presencia de lucernas y la existencia o no existencia de un excedente de producción de aceite en un lugar determinado, por ejemplo el mundo ibérico. Sin negar el interés del método no creemos que se pueda llegar a estas conclusiones de forma categórica, pues el excedente de aceite puede gastarse en otros menesteres al tiempo que la iluminación se hace por otros métodos de sobra conocidos.

Destaca por su rigor, al que por otra parte ya nos tiene acostumbrados, el trabajo del profesor Fernández Nieto, que bien orientado en los métodos de la Antropología Social llega a resultados que esperamos sean un avance de su labor en este sentido.

El capítulo de demografía es, a nuestro juicio, una de las aportaciones más interesantes de la publicación. Es inútil delatar todos y cada uno de los trabajos. La demografía histórica aporta, para los estudiosos del mundo antiguo, suficientes elementos de valor que hacen necesario dedicarle más interés y esfuerzo de lo que se ha venido haciendo hasta la fecha. Suficientemente claras están las palabras de los profesores Palol y Forní para insistir más en ello; el trabajo de la profesora García Merino es una buena respuesta a este planteamiento, pero habrá que seguir investigando en esta línea y se hacen necesarios estudios más y más críticos.

En suma, el primer volumen de las Jornadas de Metodología es un brillante acicate para los que nos dedicamos al mundo antiguo y esperamos que lo que aquí se plantea sea pronto superado por la investigación y se planteen de nuevo otras etapas de método.

J. J. URRUELA

MADDOLI, GIANFRANCO.—*La civiltà micenea. Guida storica e critica a cura di*—
Roma-Bari, Editori Laterza, Collana Universale 387, 1977, 288 pp.

El lector culto italiano encontrará en la publicación de este librito una útil guía para el complejo ámbito científico comprendido bajo el epígrafe de Micenología. G. Maddoli ha reunido con buen criterio una serie de artículos sobre las distintas facetas del quehacer micenológico; originales unos, traducciones de otros

ya publicados, todos tienen en común la accesibilidad para el no iniciado y el enfoque crítico y de conjunto del tema abordado. Este conjunto aparece precedido de una introducción a cargo del editor Maddoli, donde se ofrece una historia sucinta de la Micenología como ciencia, que sirve de provechoso umbral a los trabajos citados. El primero de los mismos posee un valor testimonial; se trata de la conferencia radiofónica dictada por Michael Ventris en la BBC en junio de 1952, en la que el malogrado Ventris dio a conocer su conclusión definitiva de que la Lineal B notaba un dialecto griego: (p. 12) «en estas últimas semanas, sin embargo, hemos llegado a la conclusión de que las tablillas de Cnoso y de Pilo deben, pese a todo, estar escritas en griego: un griego arcaico y difícil, como puede serlo un griego escrito 500 años antes de Homero y en una forma un tanto abreviada, pero, no obstante, griego». Es, pues, un homenaje a Ventris, que no está fuera de lugar en una publicación que ve la luz en el veinticinco aniversario del desciframiento.

El segundo trabajo aborda el problema de la propia escritura micénica. Se trata de una revisión de un curso de Introducción a la Filología Micénica de la directora del Istituto per gli Studi Micenei ed Egeo-Anatolici de Roma, A. Sacconi. Es un buen panorama que recoge los últimos retoques realizados en este campo. Así, reproduce las tablas de ideogramas del Coloquio de Salamanca con las adiciones efectuadas en el más reciente de Chaumont como la inclusión de los ideogramas *301 a *305. Habría que introducir también para que fuesen completas GRA + 0 (KN) y *202 vas + D1 (KN). Se ha corregido el error del dibujo de Salamanca del *189, pero se han seguido muy de cerca los dibujos erróneos de Salamanca en *253, *253. Dentro de lo sucinto de su exposición, A. Sacconi ha conseguido un buen instrumento para conocer el funcionamiento y estructura de la Lineal B.

La tercera contribución recoge de cerca las conclusiones presentadas al simposio micénico de Brno por J.-P. Olivier, fruto de su trabajo sobre los escribas de Cnoso, aportación imprescindible para el trabajo de todo quien se interese en este campo. Este capítulo junto con el siguiente de J. Chadwick nos permiten adentrarnos en la organización burocrática de los centros micénicos y la posibilidad que ofrece al estudioso de las manos para llegar a recomponer el orden original de los archivos y los sistemas del trabajo de oficina en los palacios. Ambas contribuciones ya eran conocidas de los estudiosos.

G. Maddoli aborda en su contribución sobre la sociedad y las instituciones la reconstrucción de la estructura social de la organización micénica y su relación con la del primer milenio. Los supuestos que defiende eran ya conocidos a partir de otros trabajos del autor y la impresión que se obtiene al final de su lectura es en cierto modo desalentadora; parece como si se estuviera operando con criterios ya desfasados con el resultado de un panorama poco creíble.

Sigue la contribución de I. Godart sobre la economía de los palacios, contribución «original» para el librito en cuestión, pero que es, fundamentalmente, una traducción del artículo del propio Godart, «Les ressources des palais mycéniens de Cnossos et Pylos», publicado en el número de enero de *Les études classiques*. Es un enfoque muy útil de los recursos propios de los palacios y su empleo como contrapartida de las numerosas importaciones que pueden deducirse del estudio de los documentos. Godart se basa fundamentalmente en sus propios hallazgos en las tablillas Cn de Pilo, cuya publicación final seguimos esperando.

F. R. Adrados contribuye con una reelaboración de su comunicación al Co-

loquio de Salamanca de 1970. Se trata de una revisión crítica de las interpretaciones religiosas de los documentos, cuyo interés fue ya subrayado en Salamanca. Evidentemente, debe tenerse siempre presente la condición real de los documentos en estudio. Lo religioso sólo aparece en cuanto que exige una transacción económica determinada, que es la que se registra en las tablillas. No compartimos, sin embargo, su interpretación del sacerdocio micénico y de la organización político-social, en especial, con una interpretación religiosa de los *te-re-ta*.

Lamentamos que para la posición dialectal del micénico se haya escogido la exposición de Lejeune en el Congreso de Roma, exposición valiosa, pero ya envejecida (1967) por los nuevos aportes de material y de criterios. Debe señalarse, empero, la precisión del carácter técnico de la lengua de las tablillas, precisión útil, pero equívoca, por cuanto Lejeune la considera «como una humilde forma de lengua culta, que servía de base de enseñanza en las escuelas de escribas». Desde este punto de vista, el micénico sería una lengua «profesional», lo que no es exacto. Hay que subrayar que, a diferencia de lo que ocurre en Egipto y en Mesopotamia, en la organización micénica no parece existir una «clase de escribas», sino funcionarios letrados que hacían uso de sus conocimientos escritorios cuando las necesidades de sus cometidos burocráticos así lo exigían. De este modo, el micénico sí es una lengua culta, pero no la lengua de una técnica, una lengua «profesional». La distinción es importante, sobre todo para ulteriores trabajos con los nuevos criterios de *standard/substandard*.

La pervivencia de los elementos micénicos en la literatura y lenguas literarias del primer milenio es el objeto de las contribuciones de M. Durante, para la épica, y de N. S. Grinbaum, para la lengua coral y la lírica. Ambos trabajos también habían sido publicados con anterioridad.

Los aspectos históricos, arqueológicos y artísticos son abordados por dos importantes contribuciones extraídas de las *Actas* del Congreso de Roma: V. R. Desborough ilustra a la perfección las últimas etapas de la edad micénica, mientras que D. Levi persigue la pervivencia de las tradiciones micénicas en el arte griego arcaico. Ambos trabajos, excelentemente documentados, sirven al lector una erudita panorámica de la transición entre la historia micénica y la griega del primer milenio desde perspectivas diferentes. La incardinación de lo micénico en lo mediterráneo, esto es, las relaciones entre los micénicos y los pueblos de su entorno geográfico, constituye el tema de la contribución del profesor Pugliese Carratelli, que cierra el libro. En dicho trabajo, los aspectos comerciales de la expansión micénica por el Mediterráneo encuentran cumplida exposición.

Las líneas ya escritas han querido dar cuenta sólo de la amplitud temática que el lector puede hallar en el libro comentado, que hace accesible trabajos desperdigados por revistas especializadas y publicaciones de difícil acceso.

JOSÉ L. MELENA

CHADWICK, JOHN.—*The Mycenaean World*. Cambridge University Press, 1976, 201 pp.

Excelente introducción ésta al conocimiento de los textos y la cultura micénicas: bien presentada e ilustrada, claramente escrita, original y presentando

novedades y, al tiempo, accesible al lector que no conoce el micénico ni el griego en general.

Conviene ante todo dar una idea de la organización del libro. Unos capítulos iniciales se ocupan de la helenización de Grecia, los documentos micénicos y la geografía micénica, suministrando el cuadro histórico y geográfico; el centro del mismo trata de la población micénica, su estructura social y sistema administrativo, la religión, agricultura, oficios e industria, armas y guerra; el final insiste en las insuficiencias de Homero para conocer la época y da una imagen de «El final del mundo micénico».

Es útil la revisión del problema de la helenización de Grecia, sobre todo el de la conquista de Creta, después de lo que sabemos sobre la cronología de la explosión del volcán de Tera; ciertamente, el problema dialectal está tratado muy rápidamente. Resulta verdaderamente ilustrativa la exposición de las características, organización, etc. de los archivos de Pilo. Y es una puesta al día muy necesaria, con aportaciones propias, lo relativo a la geografía de los reinos de Pilo, para cuyas localidades de las dos provincias se proponen localizaciones, y de Creta, que crece unificada bajo el rey de Cnosos, salvo los extremos de la isla. El profundo conocimiento de la topografía, la arqueología y las tablillas se conjuga aquí, junto con el manejo de los trabajos de la Srta. Shelmerdine y otros, al servicio de una ampliación de nuestros conocimientos anteriores. El capítulo final cierra dignamente este cuadro.

La parte central del libro da descripciones muy vivas y concretas sobre aspectos de la vida micénica. Sobre agricultura, armas, oficios, etc. se nos da una imagen que en muchos puntos supera a las anteriores. Constantemente se discuten, en forma clara, la bibliografía anterior y los datos de las tablillas. Hay interpretaciones nuevas, como la de *Tu316* y de muchas tablillas más (de bronceístas, tributo de oro, serie *o-ka*, etc.) en función de la caída del reino de Pílos, que atribuye a pueblos venidos del mar y no a los dorios. Sobre carros, corazas, mobiliario, etc. se renueva nuestro conocimiento.

La imagen de la vida política y administrativa es, quizá, demasiado escueta para nuestro gusto. El autor rehúye embarcarse en problemas difíciles sobre los que las posiciones se encuentran divididas. Por ejemplo, pensamos que está en la buena dirección en relación con el carácter cívico-religioso de los *te-re-ta*, sobre las *hi-ti-me-na ho-to-na* (que apunta, p. 111, que pueden depender en definitiva del rey), sobre el *ra-ica-he-ta* (que no cree, p. 71, que sea el jefe del ejército), etc. Aunque pensamos que se puede y se debe ir mucho más allá en todos estos puntos. De igual modo, en lo relativo a la religión, son verdaderamente excelentes las palabras dedicadas a cada uno de los dioses; pero los aspectos burocráticos y estatales de la religión, el sacerdocio, etc., quedan un tanto en la sombra. El autor tiende a aprovechar las tablillas de ofrendas, etc. como testimonios históricos preferentemente.

Hay efectivamente, en todo el libro una orientación más hacia los *realia* y la historia que hacia las instituciones. Por poner otro ejemplo, da una información clara y al día sobre textiles, los rebaños de Cnosos, los diversos productos agrícolas. Pero los datos sobre impuestos están un poco perdidos en estos contextos (así, los relativos a SA o lino). Y, sin embargo, constantemente hallamos intuiciones y propuestas de lo más sugestivo, así cuando se acepta el carácter sacral de los bronceístas (p. 139 ss.). Sobre las mujeres de los talleres de tejidos,

que cree esclavas procedentes de tierras asiáticas y otras, y sus raciones, hay también indicaciones esclarecedoras.

Evidentemente, se trata de un libro que se propone lograr una introducción al conocimiento del mundo micénico y que se ocupa más de geografía, cultura material, historia, que propiamente de instituciones, aunque tampoco las descuida. No conocemos, dentro de su extensión, ninguna obra que pueda comparársele ni en brillantez ni en claridad. En muchos detalles, va más allá de toda la bibliografía anterior. Si en puntos por lo demás debatidos el autor procede con cautela y concisión, no puede criticársele. Une, en verdad, el libro méritos excepcionales tanto de divulgación como de investigación personal: en uno y otro momento presta un servicio inapreciable para la introducción al mundo, poco accesible para los no iniciados, de la Grecia micénica.

F. R. ADRADOS

BECK, FREDERIC.—*Album of Greek Education*. Sidney, Cheiron Press, 1975, 83 pp. + 88 láms.

Es propósito de este libro, que lleva por subtítulo *The Greeks at School and at Play*, el facilitar a quienes se interesan por las fuentes literarias relativas a la educación en Grecia el necesario complemento gráfico que nos aportan los documentos materiales de la Antigüedad, en especial su cerámica. Beck, un autor dedicado ya en otras ocasiones al tema de la educación (recordemos su *Greek Education 450-350 B. C.*, 1964) nos ofrece aquí un repertorio gráfico muy rico con relación a estos complejos aspectos de la vida ciudadana griega. Con ello se viene a establecer un puente entre literatura y plástica que resulta de gran utilidad para aquel estudioso de las humanidades clásicas no familiarizado necesariamente con las disciplinas de la arqueología.

En no pocas ocasiones —y en el libro de Beck veremos recogido algún ejemplo de ello— los documentos gráficos vienen a aportar nueva luz sobre problemas a veces silenciados y otras discutidos por los mismos autores antiguos. Tal es el caso de la educación de Aquiles niño, quien, según los más antiguos documentos literarios conservados fue criado por su madre, apareciendo representado sin embargo en este mismo contexto, sobre un ánfora ática de pleno siglo VII a. de C., en compañía de su padre Peleo quien le lleva ante Quirón y bajo una versión que recogerá mucho más tarde Apolodoro (Beck, p. 9).

La distribución de la obra de Beck es clara. Se desarrolla por temas a lo largo de diez capítulos encabezados por breves introducciones que, con un desarrollo expositivo escueto, compaginan adecuadamente ambiente cultural y figuración. Al final de cada capítulo sigue un catálogo, amplio pero no exhaustivo, de los principales documentos arqueológicos relativos al tema. Más de la mitad final del libro está destinada a la parte gráfica con un total de 425 ilustraciones, en general de no excesiva calidad, lo que impide en más de una ocasión distinguir detalles iconográficos de posible interés. Los títulos de los capítulos pueden ofrecernos por sí solos una idea de la variada y amplia concepción que aplica aquí el autor al tema de la educación: I.—Escenas mitológicas. II.—Educación literaria. III.—Educación musical. IV.—Educación física. V.—Competiciones y exá.

menes. VI.—Castigos. VII.—Juguetes. VIII.—Animales familiares. IX.—Juegos. X.—La educación de las muchachas.

La delimitación de alguno de estos campos, como el relativo a las competiciones atléticas y su relación con la educación, puede resultar un tanto vaga. Alguno de los ejemplos recogidos por Beck, como el de las carreras en el estadio representadas sobre las ánforas panatenaicas (figs. 216 ó 221) creo que deberían excluirse *sensu stricto* de lo puramente educativo, correspondiendo más plenamente al ámbito de lo festivo y de lo agonal.

El interés casi exclusivo del autor hacia el mundo ateniense —a pesar de que el título más amplio hace referencia a la educación en Grecia— le lleva a olvidar ejemplos de otras áreas culturales. Así, con relación a los premios (cap. V) omite totalmente los documentos no áticos, con una ausencia destacada, por ejemplo, del repertorio corintio. Asimismo, en lo referente a la educación de las muchachas (cap. X) echamos de menos alguna referencia a ámbitos culturales distintos del ateniense, como lo es el prototípico mundo de Safo en Lesbos. Dentro a su vez de este apartado dedicado a la mujer cabría esperar una alusión siquiera al *status* social propio de las heteras con su mundo educativo peculiar que reflejan en no pocas ocasiones los vasos.

Con relación ya al mundo ateniense se encuentran en el libro anotaciones muy sugestivas. El interés de la recién instaurada democracia por la educación del niño y del efebo halla su inmediato reflejo en el auge paralelo que, a partir del año 475 a. de C., alcanzará la figuración cerámica con relación a estos temas. Pero también en la lectura de estas páginas echamos de menos una alusión al elemento erótico y pederástico, tan cargado de significados en la ambientación educativa del ateniense en sus años clásicos. Creemos que hubiera adquirido con ello un significado iconográfico mucho más rico la presencia, dentro del contexto educativo del efebo, de liebres o de pájaros (copa del Louvre, fig. 55, pág. 15), animales portadores, como se sabe, de un claro valor erótico, muy frecuentemente representados en las *kylikes* del estilo severo como presentes del *erastês*. Asimismo hubiéramos querido encontrar en el capítulo I («Mythological scenes») una alusión al mito de Eos y Titono, motivo remodelado hacia el 475 a. de C. por los pintores áticos en la figura de un niño ateniense que, en su camino hacia la escuela con la luz del alba, es sorprendido por la Aurora. Y también aquí (y en el cap. IV) hubiera sido útil una referencia a la figura de Tesco, bajo cuya iconografía reflejan los pintores del siglo V al efebo ateniense educado en la palestra, en contraposición al héroe más ineducado y de la fuerza bruta que es Herakles.

Por último algunas observaciones finales. No compartimos la opinión de Beck (frente a la interpretación correcta de Beazley, con quien polemiza) sobre el sentido de la escena de una erátera de columnas del 470 a. de C. (cap. III, p. 23, fig. 28). No se trata de una lección de música como cree Beck sino simplemente de una escena de *banquete* según lo demuestran atuendos, gestos (como el del éxtasis del τὸν οὐρανὸν εἰσιδεῖν) e instrumentos: la *bárbilos* alargada siempre se presenta en contextos convivales, frente a la lira, propia de la escuela. La segunda observación se refiere a una *hydria* de Madrid, citada en el cap. IV, p. 21. No se trata de una escena de palestra con muchachos sino de mujeres ejercitándose en acrobacias (¿heteras? ¿profesionales?). Su lugar correcto sería el cap. X.

Con todo, un libro muy útil y bello. Una revisión del mundo educativo griego, bajo la perspectiva de sus propios documentos materiales, resulta siempre un empeño enriquecedor. Como tal hay que considerar en su conjunto el libro de Beck

cuyo método de trabajo sigue en la línea de otro gran especialista inglés en esta problemática, el profesor T. B. L. Webster.

RICARDO OLMOS ROMERA

Alexandre le Grand. Image et réalité. Entretiens sur l'Antiquité Classique, tomo XXII. Vandoeuvres-Genève, Fondation Hardt, 1976, 332 pp.

Este volumen de la prestigiosa fundación ginebrina reúne siete conferencias (de A. B. Bosworth, F. Schachermeyr, R. D. Milns, R. M. Errington, G. Wirth, E. Schwarzenberg, E. Badian) seguidas de las discusiones correspondientes (en las que, además de los ponentes citados, intervienen D. Van Berchem, H. A. Calm, J. Dörig, N. Dürr, A. Giovannini, A. Hurst y W. Spoerri) sobre un tema que sigue siendo tan apasionante y controvertido como hace lustros: el de la personalidad ambigua de Alejandro y su influencia histórica.

Es fácil advertir que algunas contribuciones son de carácter concreto y técnico: p. e. la de Milns sobre «el ejército de Alejandro» (pp. 87-130) o la de E. Schwarzenberg sobre «los retratos de Alejandro» (pp. 225-68); mientras que alguna otra, por el contrario, parte de una perspectiva crítica muy general, como es el caso de la de E. Badian, al considerar «algunas interpretaciones recientes de Alejandro» (pp. 279-303). El centro del volumen está ocupado por tres lecciones de carácter histórico: F. Schachermeyr habla sobre «Alejandro y las naciones sometidas» (pp. 47-49), Errington sobre «Alejandro en el mundo helenístico» (pp. 137-180) y G. Wirth sobre «Alejandro y Roma» (pp. 181-210). La primera conferencia, la de Bosworth, sobre «Arriano y la Vulgata de Alejandro» (pp. 1-33) es más bien de carácter filológico.

A mi parecer, esta aportación de Bosworth es una de las más sugerentes del tomo. Mediante algunos ejemplos concretos indica bien que muchas veces el texto de los autores de la llamada versión de la «Vulgata» es más coherente que la versión de Arriano, y que el historiador debe distinguir los datos objetivos transmitidos de la retórica ocasional que los envuelve (p. e. en Diodoro y Curtius), sin descartar en bloque un texto. La revalorización de la versión «Vulgata» es hoy un rasgo destacado de la investigación sobre el tema. La discusión que sigue a la conferencia —y en especial las observaciones de Schachermeyr— ofrece buena muestra de ello.

Es interesante leer las contribuciones de Schachermeyr y de Errington una tras otra. Están expuestas las dos en un estilo muy claro. Dejan ver el trágico contraste entre los propósitos del gran conquistador y las ambiciones de sus sucesores, que conformaron y aprovecharon su aureola y sus realizaciones políticas para objetivos muy diversos. El tema, anecdótico pero harto sintomático, del comportamiento de los diádocos y sus sucesores en torno al cadáver de Alejandro, evocado por Errington, es significativo: primero el gran esfuerzo por trasladar el cuerpo de Alejandro con todo su prestigio carismático a Egipto; más tarde su conservación como reliquia de interés turístico, hasta el punto que Ptolomeo X se llevó de Alejandría no el famoso cadáver, sino el precioso sarcófago de oro que lo contenía.

El tomar a Alejandro como modelo político, con rasgos casi míticos, parte de grandes personajes romanos - Pompeyo, César Augusto, Trajano, Caracalla y Juliano—; está bien subrayado en sus notas esenciales por Wirth.

En la discusión siguiente a la conferencia de Schwarzenberg se critica el influjo de Augusto en la selección de una representación canónica de Alejandro, en que el conferenciante pone su énfasis. Es también muy interesante la discusión que sigue a la ponencia de Badian, que en un estilo irónico y rápido subraya la influencia de ciertas ideologías (p. e. el nacionalismo) en las distintas concepciones de Alejandro en nuestro siglo. Las anotaciones de Wirth al tema son muy pertinentes.

Creo que el volumen cumple bien su objetivo de una indicación comprensiva sobre las últimas investigaciones en torno a este tema. Personalmente, nos habría gustado que, puesto que de la «imagen» de Alejandro se trata, se hubiera dedicado algún espacio a su imagen «novelesca» representada por Ps. Calistenes, sobre la que R. Merkelbach, P. Van Thiel, etc. han trabajado recientemente.

CARLOS GARCÍA GUAL

J. M. BLÁZQUEZ.—*La Romanización*. I, 258 pp. 6 mapas. Madrid, 1974; II, 437 pp., 20 mapas. Madrid, 1975. Ediciones Istmo, Colección Fundamentos, números 42 y 43.

Esta obra reúne en dos volúmenes una serie de artículos ya publicados por el autor en revistas especializadas que ahora, refundidos y reorganizados, han adquirido una coherencia orgánica que permite su lectura ininterrumpida. Se han mantenido las citas de los autores clásicos, suprimiendo las referencias a los testimonios arqueológicos que constituyen en gran parte la base sobre la que se cimenta el trabajo. Con ello se aligera el aparato crítico, que para el lector medio no tiene especial interés y que el especialista siempre puede encontrar en los artículos originales. Los mapas que en considerable número ilustran el texto constituyen una inapreciable ayuda para su mejor entendimiento.

En el primer volumen se estudian los distintos aspectos de la España anterior a la conquista romana. Se acepta la división de Caro Baroja en áreas socio-culturales y económicas basadas en las noticias de las fuentes griegas y romanas: tendríamos así una cultura agrícola y matriarcal en el Noroeste y Cantábrico; una cultura pastoril en los Pirineos; otra en la Meseta oriental; un área de cultura colectivista agraria en el Valle del Duero; una cultura agrícola lusitana, y dos zonas superiores culturalmente a las demás: un área tartésica en el Suroeste de la Península y otra en el Mediterráneo oriental. Estas dos últimas serán las que más pronto se romanicen. El hecho es que cuando los romanos llegan a la Península, ésta estaba ya habitada por numerosos pueblos muy diversos entre sí. El profesor Blázquez sostiene que en este momento las invasiones indoeuropeas habían conseguido ya dar una cierta unidad étnica y lingüística a un área bastante amplia de la Península, aun cuando extensas zonas quedarán al margen o estuvieran sometidas a la influencia de pueblos semitas orientales.

El resto del primer volumen se dedica a la historia de las guerras que la conquista romana trajo consigo y a la de las civiles que la siguieron. La Península

era la base del ejército cartaginés, su principal reserva de potencial humano y económico; de ahí que Roma extienda pronto la guerra a España y trate por todos los medios de trasladar aquí el campo de batalla, aun a riesgo de que Aníbal se presente a las puertas de la urbe. Las luchas en la Península fueron de extrema dureza y tuvieron una gran repercusión en Roma; el alto número de bajas que sufrieron las legiones romanas contribuyó a la desaparición de la clase media, de la que se nutría el ejército, y a la formación de un ejército profesional con mandos duraderos.

El segundo volumen está dedicado al estudio de la sociedad y la economía de la Hispania romana. Se tratan todos los aspectos de interés: población, urbanismo, organización política, vías y obras públicas, actividades económicas, lengua, pervivencia de los distintos elementos de las culturas prerromanas, etc. El principal papel romanizador corresponde en este momento al ejército, tanto por su contacto con los indígenas como por la inclusión de muchos de éstos en él, como mercenarios o como clientes de los principales jefes.

La evolución social y económica de la España romana es paralela a la del resto del Imperio; con la conquista se produce la explotación agrícola e industrial de las tierras sometidas, en lo que se sigue la pauta ya marcada por los cartagineses; se construyen numerosas vías, primero con intención militar y luego económica. Hispania es lugar de inmigración, y la paulatina concesión de la ciudadanía a los hispanos hace que el elemento indígena se vaya poco a poco fundiendo con el romano, sobre todo en las zonas más romanizadas, como la Bética y el Levante. Cuando tras el fin de las guerras cántabras se instaura la «pax romana», el florecimiento en todos los órdenes se hace extraordinario.

Tras la Anarquía Militar, la situación cambia. Las invasiones germanas y la inseguridad interior alteran la vida de las distintas provincias; se estatizan y militarizan muchas profesiones y servicios, decaen las ciudades y adquieren especial importancia los latifundios, en los que se refugian las clases adineradas, huyendo de las ciudades y de la burocracia imperial que las dominaba. Aunque el comercio con el exterior se reduce, se siguen importando artículos de lujo y exportando productos alimenticios, pero no aceite, o al menos no con la intensidad de antes.

La tercera parte del libro trata de la pervivencia de algunos elementos no romanos en la Hispania romana, concretamente del legado semita (que se manifiesta en la fuerte presencia de sirios, judíos y gentes de ascendencia púnica, sobre todo en las regiones meridionales) e indoeuropeos (supervivencia y auge de las clientelas, *devotio* ibérica, *hospitium*; gentilidades y centurias como formas de agrupación humana, etc. Esta impronta se manifiesta sobre todo en los testimonios religiosos y en la toponimia).

Cierra el libro un apéndice dedicado a los primeros tiempos del cristianismo en España, en el que se estudia la estructura interior de la iglesia y su influencia en la vida del momento. Como colofón, un índice de topónimos antiguos y su equivalencia moderna, de gran utilidad.

LORENZO ABAD CASAL

SHATZMAN, ISRAEL.—*Senatorial Wealth and Roman Politics*. Collection Latomus, volume 142. Bruselas, Société d'Études Latines, 1975, 512 pp.

El autor, como advierte en el prefacio, presenta el libro dividido en tres partes, de las cuales la tercera titulada «Prosopografía económica de los senadores romanos» constituye el primer estado de su investigación. Es una relación por orden alfabético de todos aquellos senadores de los siglos II y I a. de C. de los que hay alguna noticia acerca de su situación económica y de su actividad política. Es, por tanto, el dossier documental que permitirá una análisis exhaustivo sobre los dos aspectos, que íntimamente relacionados entre sí, constituyen los temas desarrollados en las dos primeras partes del libro. Dicha relación de senadores es sumamente útil, por cuanto en unas, relativamente pocas, páginas se reúne la documentación conocida. De algunos senadores hay pocos datos y apenas llenan unas líneas, pero de otros, como César, Pompeyo, Craso, Octavio, se detallan sus actividades económica y política incluyendo cálculos y estimaciones verdaderamente instructivas y sorprendentes a veces. Se completa esta parte con tabulaciones de propietarios repartidas en tres grupos: propietarios (en general), propietarios en el Lacio, en Campania, en Italia y en las provincias, y propietarios de varias posesiones. En dichas tabulaciones se recoge perfectamente especificada la categoría social de cada uno de los propietarios, de manera que para visión rápida y de conjunto dichas tabulaciones son muy útiles.

La primera parte, titulada «Condiciones económicas», estudia en cinco capítulos la actividad económica de esta clase senatorial. El autor hace varias veces la observación de que las fuentes son desiguales para el periodo estudiado, existiendo una documentación más abundante para el siglo I, sobre todo en su última etapa, pero advierte pese a todo que considerada globalmente hay que convenir en que toda la documentación es escasa, si bien permite hacer unas estimaciones que pueden considerarse fiables. Estudia con detenimiento las propiedades, su distribución tanto en Roma como en las distintas regiones de Italia (particularmente en el Lacio y Campania), observando cómo en principio eran fundos no muy grandes, aunque sí dispersos, pero cómo al avanzar el tiempo se fueron concentrando cada vez más en menos manos y en menos fundos. Estudia cómo las fuentes de ingresos aumentaban progresivamente al unirse varios factores que venían a confluír casi siempre en una minoría incluso dentro de la clase senatorial. Además de las herencias, legados y dotes, que por la política matrimonial llevada en Roma siempre recaían casi en las mismas familias, eran sumamente importantes los beneficios obtenidos de las provincias, de la guerra, y de la ocupación de las magistraturas con *imperium*, que tenían la gran ventaja de prorrogar el mando como gobernadores de provincia a los que las ocupaban. Observa cómo la particular concepción política romana inducía a los provinciales a buscar apoyos en personas influyentes para detender sus intereses o al menos para evitar exacciones, impuestos extraordinarios o cualquier otro tipo de cargas. Esto se hacía mediante dádivas nada modestas. Los botines de guerra, los tributos impuestos a los vencidos constituían fuentes de ingreso importantes principalmente para los generales e igualmente para los oficiales de alta graduación pertenecientes a la misma clase social. Todo esto se completaba con los pingües beneficios obtenidos por los gobernadores de provincia e incluso por los magistrados menores que componían su séquito. La abogacía como alternativa para alcanzar los mismos cargos y la misma carrera también atrae la atención de Shatzman, y la

impresión general que se saca es que los reducidos miembros de la ya minoritaria clase que obtiene unos ingresos tan elevados tiene necesariamente que estar totalmente desconectada del resto de la población romana. Las cifras documentadas y recogidas por el autor avalan esta conclusión.

Todavía estudia las condiciones financieras en que se desenvolvían estos senadores, y aunque la mayor parte se hacen con fines políticos más que lucrativos, las rentas obtenidas por algunos senadores del alquiler de bloques enteros (*insular*), refuerzan la impresión anterior.

Los últimos capítulos destinados a examinar los gastos de esta clase tan privilegiada, comprueban que efectivamente también estos eran grandes, aunque en realidad todos tienen como razón y fin primordial las necesidades políticas: juegos, fiestas, sobornos, donaciones, mantenimiento de tropas armadas o verdaderos guardaespaldas, construcciones magníficas, e incluso el capítulo destinado a coste de vida, todo ello viene determinado por el ritmo que exige la vida política de los principales protagonistas. En otros casos no hubiera sido necesario tanto gasto, pero la conclusión de Shatzman es que para obtener los altos ingresos antes documentados se necesitaban inversiones en la misma proporción por los conceptos ahora referidos.

La segunda parte la dedica el autor a examinar la relación existente entre el nivel económico de la clase senatorial y sus actividades políticas, llegando a la conclusión de que están en proporción directa, esto es: que mientras una familia podía mantener el ritmo de vida elevado que se ha señalado en los capítulos anteriores, su actividad política está perfectamente reflejada en los Fastos, pero si por alguna circunstancia alguna familia perdía medios económicos y pasaba a un segundo plano también esto se refleja en su ausencia de ellos.

Dentro de este capítulo, los aspectos que nos han parecido más ilustrativos son los relativos a analizar las relaciones entre *equites* y senadores, y la interpretación de fenómenos hasta ahora generalmente admitidos como verdaderas revoluciones sociales, como las de los Gracos o la Conjuración de Catilina. Según el análisis de Shatzman, entre *equites* y senadores no habría más diferencia que el rango político, puesto que unos y otros tenían actividades económicas parecidas y sus intereses no se encontraban. Los movimientos tenidos como sociales serían pseudo-sociales, porque en definitiva eran enfrentamientos entre facciones senatoriales por diferentes motivos.

A este propósito, hay que advertir que considera como problemas algunos de estos hechos históricos, al advertir la controversia de su interpretación.

Y ya nos queda por añadir, que incluye unos apéndices de senadores y de tribunos y ediles en el «*cursus honorum*», útiles para la localización precisa y como comprobación de las carreras políticas de los elementos plebeyos.

Hay también unas *Notas* sobre términos y aspectos más o menos problemáticos, que dan la situación actual del problema, aunque particularmente creemos que alguno, como el precio de la tierra, podía haberse precisado más. Se completa con Bibliografía e Índice. El libro nos parece sumamente completo.

JOSÉ L. RAMÍREZ SÁDABA

AUTORI VARI.—*Storiografia e propaganda*. A cura di MARTA SORDI. *Contributi dell'Istituto di Storia Antica*. Volume terzo. Pubblicazioni della Università Cattolica del Sacro Cuore. Milano, Vita e Pensiero, 1975, 196 pp.

He aquí el tercer volumen compuesto por el equipo de estudiosos de la Università Cattolica del Sacro Cuore, coordinados por Marta Sordi y especializados en la crítica de la propaganda existente en el mundo de la historia antigua. Todos los especialistas que remitan a este libro, máxime si ya están familiarizados con los precedentes, encontrarán el mismo estilo de elaboración y una uniformidad en sus conclusiones. El punto de partida es siempre la afirmación de la existencia de la propaganda política en el mundo antiguo, manifestada a través de la manipulación del hecho histórico. Sin embargo, esta tercera aportación se propone un paso más en su análisis, un profundizar al objeto de completar las conclusiones de los volúmenes anteriores. Es decir, ¿eran efectivamente conscientes los antiguos de la posibilidad de una propaganda a través de la historia?, ¿se daban cuenta que los hechos históricos adaptados al presente eran más adulación que historia? El resultado será afirmativo ya que, en principio, estaban ausentes de toda ignorancia en esta materia al conocer la historia tendenciosa y falseada por la εὔνοια καὶ αἰσείρις (Tucid. I, 22) y también la instrumentalización de la historia en aras de la adulación o del miedo. Testimonio de esto son, vgr., Cicerón (*Brut.* 61 ss.) y Livio (*Hist.* VIII, 40, 4 s.) que reprochaban la falsificación de las *laudationes funebres* llevadas a cabo por las familias romanas *ad illustrandam nobilitatem suam*. Y Tácito recordaba en *Ann.* I, 1 los hechos históricos *ob metum falsae*. Deformaciones voluntarias de contenido que, dentro siempre de los moldes de la antigüedad, se presentaban salpicadas de postulados moralísticos; sinopsis de la necesidad de escribir sin conceder nada *nec offensae nec gratiae*, que decía Séneca en *Apocol.* I, 1.

Después de este planteamiento inicial, señalamos a continuación los diversos artículos que componen el libro. Llamamos al interés particular de cada lector ya que el argumento de aquéllos es en extremo especializado si bien se observa una cierta inclinación argumental por las *Vidas Paralelas* de Plutarco. Otra observación. La gracia de la interpretación de los textos clásicos radica en el sutil análisis que se hace aquí de la semántica, especialmente cuando hay matices retóricos.

L. Gianfrancesco, «Un frammento sofistico nella Vita di Tesco di Plutarco?» (pp. 7-20); P. Ferrarese, «Caratteri della tradizione antipericlea nella Vita di Pericle di Plutarco» (pp. 21-30); S. Puscagni, «Callistene di Olinto e la Vita di Pelopida di Plutarco» (pp. 31-55); M. Sordi, «Il soggiorno di Filippo a Tebe nella propaganda storiografica» (pp. 56-64); M. Caltabiano, «La morte del console Marcello nella tradizione storiografica» (pp. 65-81); V. Manfredi, «Aspetti della tradizione storiografica sulla battaglia di Naraggara» (pp. 82-94); M. Sordi, «L'elogio dei Romani nel I libro dei Maccabei» (pp. 95-104); M. Rusconi, «Le notizie romane di Diodoro e gli Annales Maximi» (pp. 105-110); G. Dipersia, «Le polemiche sulla guerra sociale nell'ambasceria latina di Livio VIII, 4-6» (pp. 111-120); N. Criniti, «Catilina e catilinario» (pp. 121-135); C. Cogrossi, «Gli onori a Cesare nella tradizione storiografica e nelle monete del 44 a. C.» (pp. 136-156); A. Valvo, «Le vicende del 44-43 a. C. nella tradizione di Livio e di Dionigi su Spurio Melio» (pp. 157-183).

Marta Sordi firma unas conclusiones, resultado de lo expuesto en cada una

de estas monografías. No sólo es clara la utilización en la historiografía griega y romana de la narración histórica en función de la propaganda, sino que incluso es posible seleccionar algunas formas concretas de esta utilización, corrientes en aquel entonces. Una forma clara, ya vigente en la propaganda griega del siglo V, era la del παράδειγμα o «modelo ideológico». En virtud de éste, Tesco se convirtió en el símbolo reconocido u oficial del partido democrático ateniense y de Pericles. El propio Pericles, que era el más excelso símbolo de la democracia, fue automáticamente criticado por la historiografía sustentada en las corrientes conservadoras del siglo IV que querían atacar en su persona a la ideología democrática contemporánea.

Situándonos dentro del mundo político romano, una misma figura puede ser utilizada polivalentemente. Vgr., Espurio Melio fue siempre considerado en la analística antigua como un demagogo muerto por *adfectatio regni*; sin embargo, en la historiografía sucesiva su figura más bien arcaica se enriquece con particularidades inventadas e incluso anaerónicas al objeto de hacer moderno su mensaje propagandístico, hasta el punto que se consigue la legitimación del asesinato de los Gracos o de Julio César. Este valor de *exemplum* tomado de la antigua república ha sido utilizado para justificar con la autoridad del pasado la elección del presente. Este procedimiento de empleo literario tiene, lógicamente, un valor ficticio pero emotivamente válido. Podría afirmarse, hasta cierto punto, que la utilización de la historia como instrumento político es conatural e inseparable de su propio origen. Sin embargo, este procedimiento de «adecuación histórica», empleando palabras nuestras, conduce a resultados tan evidentes como imperfectos y también a un fuerte anacronismo. «L'asservimento della storia al presente, dicen los estudiosos italianos, porta all'annullamento della storia». Grave equivocación es también juzgar los movimientos históricos del mundo greco-romano conforme a los nuestros contemporáneos. Aquí, aceptamos de buen grado la afirmación de Sordi de que la cultura de los antiguos era más bien minoritaria y, por esto, los efectos de la manipulación alcanzaban a personas individuales o a grupos restringidos. Por contraste, en nuestro mundo actual la vigencia de los grandes medios de comunicación social son una puerta abierta a nuevas perspectivas siempre preocupantes de la manipulación de la historia.

Deseo de este equipo de Milán es que ojalá estuviesen siempre al servicio de la verdad los intereses humanos que barajan desde ahora el acontecer histórico. Sabemos que es difícil, muy difícil concretar la petición de Tucídides de que todo historiador debe buscar la verdad de los hechos por encima de toda parcialidad, al objeto de «sacar reglas válidas para todos los tiempos». Con todo, debemos pensar, confiar en que esto no es αδύνατον en la esperanza de que el hombre puede alcanzar una visión de la historia exenta de partidismos. Negar totalmente esto, nos pondría en el camino del escepticismo histórico-científico.

E. CONDE GUERRI

R. GELSOMINO.—*Varrone e i sette colli di Roma. Per il bimillenario varroniano*. Istituto di Lingue e Letterature Classiche. Facoltà di Magisterio (Sede in Arezzo). Università degli Studi di Siena, Collana di Studi e Testi, núm. 1. Roma, 1975, 135 pp., 1 aggiunta.

La evocación de Roma es inseparable de la de sus siete colinas. Referencias a los siete montes las encontramos ya en numerosos textos romanos de época imperial, que aludían a una supuesta federación de las primitivas comunidades que vivían en las siete alturas de la ciudad. Pero el problema surge en cuanto se intenta identificar cuáles eran estas siete colinas. En ello han consumido mucho tiempo los mejores conocedores del urbanismo y de la historia primitiva de Roma. Uno de ellos, León Homo, creyó que debían ser el Germal, la Velia, el Palatual, el Celio, el Fagutal, el Cispio y el Opio, y ésta ha sido la tesis aceptada por regla general.

Pero lo cierto es que las fuentes antiguas difieren en la indicación de cuáles eran estos siete montes; en la mayoría de los casos, cuando los autores especifican sus nombres, aparecen ocho; así, en Festo se conserva un antiguo testimonio de Antistio Labeo que incluye Palatino, Fagutal, Subura, Germal, Opio, Celio, Cispio y Velia. Esta dificultad se ha querido obviar indicando que serían siete colinas, más la Subura, que no podría considerarse tal, o que algunas de ellas eran en realidad dos alturas de un mismo monte.

En el libro que comentamos, Gelsomino ha expuesto la hipótesis de que no hay que buscar posibles explicaciones a este fenómeno; los pretendidos siete montes serían en realidad ocho y la palabra *Septimontium* no derivaría de *Septem montes* sino de *Saepti* (o *Septi*) *montes*. El autor considera que este cambio de contenido en el concepto de *Septimontium* se debe al escritor Varrón, que partiendo de una fiesta del calendario de su tiempo, el *dies Septimontium*, celebrada por los *montani* de los ocho *montes* arriba citados, le dio un carácter local y geográfico; a partir de entonces pasará a designar el conjunto de alturas que fueron ceñidas por los muros servianos, y como tal aparecerá en la mayoría de los autores posteriores.

El trabajo de Gelsomino se basa en un estudio geológico de la zona de Roma y en una minuciosa crítica de los textos que se refieren al *Septimontium*, sobre todo de los capítulos 41-54 del *De Lingua Latina*. En tres apéndices se presentan y comentan los textos más significativos de Varrón y Plinio que tratan del problema.

LORENZO ABAD CASAL

GÉRARD, J.—*Juvénal et la réalité contemporaine*. Paris, «Les Belles Lettres», 1976, 536 pp.

El profesor Gérard, que ya nos era familiar por otra publicación sobre Juvenal, «Juvénal et les associations d'artistes grecs à Rome» en *REL*, 48, 1970, pp. 309-331, lanza ahora este espléndido libro producto de su tesis doctoral, guiada por el incondicional investigador del mundo romano Marcel Durry, y defendida en la Sorbona en 1972.

El resultado pone de manifiesto la postura dinámica y contemporánea de Gérard que, rehuyendo tesis estáticas sobre Juvenal, las cuales llegarían a la conclusión de unas sátiras desprendidas de la realidad como producto únicamente autónomo y basado en la reflexión, encadena estrechamente las sátiras al mundo que respiró el poeta. Centra su comentario en tres aspectos bien concretos: Juvenal y la sátira en la sociedad de su tiempo; Juvenal y la sociedad contemporánea; Política y religión en las sátiras de Juvenal.

En primer lugar, el autor nos trae a la memoria la imagen de un Juvenal víctima de descalabros económicos, medianamente adaptado en la sociedad de Domiciano, que conocía perfectamente la sensibilidad del lector y manejaba todos los resortes que pudieran captar su atención. Pero, sin embargo, Juvenal no será nunca un profundo crítico literario. En su producción hay escasa o nula alusión a los grandes autores; romano medio, sin ser un intelectual de envergadura, el satírico hará una crónica del día, sobre acontecimientos cotidianos. Será en esta labor que podemos llamar «pre-periodística» donde Juvenal descubra los fallos literarios de su época, momento en que se producen obras en cantidad, pero pocas de valía. Las grandes creaciones literarias tienen dificultades para centrarse en esa sociedad que hace vivir precariamente a sus poetas pero que, por otra parte, cuida extraordinariamente las lecturas públicas. En este aspecto, Juvenal es insistente; él mismo fue, al parecer, un enfervorizado oyente. De lo que oyó y del mundo de pantomina y mimo que vio bajo Domiciano, llenó el poeta muchas de sus páginas que Gérard comenta en sugestivos apuntes.

Los otros dos puntos clave del libro participan de una sustancia homogénea. El latino no podía estar ausente de temas tan candentes como los de los esclavos, libertos, clase media, nobleza, etc. Pero aquí se nos muestra más bien interesado por una reflexión sensible sobre la situación personal de cada individuo que por un examen económico-social; lo que tampoco le impidió estudiar el tema bajo los aspectos del origen, precio, problemas y prerrogativas de las cosas, aunque siempre oscilando bajo una dualidad. Aquí si hubiésemos pedido un poquitín más a Gérard, a modo, digamos, de colofón. Recalcar con mayor intensidad los datos de economía romana que pueden desprenderse de las sátiras de Juvenal, aunque somos conscientes de que el poeta no facilita la simplicidad en este aspecto. Volviendo a nuestra idea anterior, Juvenal y sociedad, éste considera a los esclavos: bien seres despreciables, bien dignos de compasión. Vgr., denuncia la elevación de los antiguos esclavos, es decir libertos, sobre los antiguos ciudadanos romanos y les acusa de acceder tan rápidamente al orden ecuestre. No hay que olvidar que en estos años los libertos constituían una clase pudiente y casi cosmopolita, lo que escandalizará a Juvenal que los vituperará en la persona del famoso Crispino. Capta la crisis de la clase media, definida por la institución de la clientela, y alude a la nobleza de forma más bien estereotipada, ya que su experiencia personal de ella nunca fue tan directa ni tan jugosa. Para Gérard, Juvenal fue un hombre que expresó un pensamiento político coherente suscitado por la experiencia de un pasado reciente. Y nota el autor francés que aquél ha sido visto como un republicano retardado, casi revolucionario y defensor de la tradición senatorial. Él prefiere juzgarlo como un hombre interesado en los movimientos políticos contemporáneos, atento a la administración de las provincias y que, sin atacar agriamente, lanzará dardos alusivos contra injusticias concretas. También los emperadores desfilarán por sus comentarios. No fue privado este estamento de los agudos comentarios del literato que, siempre en virtud de una mezcla cómica, nos traerá el retrato-robot del mal emperador. Es cierto, y es aguda la observación de Gérard, que en este terreno la exposición de Juvenal recordará más la caricatura política que la historia objetiva. El apartado destinado a Juvenal y las creencias de su tiempo es, quizá, uno de los mejor trazados de la obra y se ve el gusto que tiene por ello su comentarista. Las ofrendas, los sacrificios, las supersticiones, el carácter antisemita del poeta, su visión de los cultos orientales y egipcios y la idea de que Juvenal, a pesar de su amplia (y lógica) incer-

tidumbre ideológica sobre el *fatum* y la *fortuna*, tenía cierto respeto por la tradición religiosa romana, serán ampliamente tratados. La sátira VI contribuye también a esto, con su acervo de datos. En resumen, Juvenal supo conjugar lo real, el hecho cotidiano, el mundillo social, con una política de alusión hábilmente utilizada para evocar problemas profundos contemporáneos. Otro acierto, en nuestra opinión, atribuible al francés es su comparación con Séneca el filósofo desde el punto de vista de fuente para hechos sociales concretos. En este punto, seguimos manteniendo nuestra tesis de que Séneca, con sus vivas instantáneas de la sociedad de sus años, es un «futurista» de lo que después fue la gloria de la sátira romana.

Gérard ha escrito, pues, este estudio con exactitud y honestidad. Se han reuido los dogmatismos fáciles y se ha intercalado una diversidad de textos latinos alusivos que hacen más clara la exposición. Y es de agradecer la amplia bibliografía especializada y la estructura del libro en partes y apartados que aligeran la sustancia de la obra y combinan profundidad científica con estética expositiva.

E. J. CONDE GUERRI

V. VARIA

ADRADOS, FRANCISCO R. (Ed.).—*Ralces griegas de la cultura moderna*. Madrid, U. N. E. D., 1976, 529 pp. con 150 figuras y 21 dibujos.

Los colectivos editados por Livingstone, *El Legado de Grecia*, y Lloyd-Jones, *Los Griegos*, o los ensayos comprensivos de Kitto y Finley, por poner ejemplos sobresalientes del género, todos ellos traducidos del inglés, han constituido vehículos muy frecuentados en nuestro país para un acercamiento motivador a la cultura y civilización griegas. Se echaba de menos una obra de propósitos similares elaborada por estudiosos españoles para lectores hispanohablantes también. Esa es la característica del libro que ahora reseñamos, pero, con ser ello muy importante, una somera descripción de su contenido mostrará que no es uno más en la mencionada lista.

La primera parte, «Orígenes de los géneros literarios», que, al igual que las partes III, IV y V, ha sido redactada íntegramente por F. R. Adrados, incluye, entre otras cosas, un apretado y sugerente compendio de literatura comparada. En ella, a lo largo de seis capítulos, se nos exponen de forma sistemática los hechos y estructuras que avalan la originalidad de las creaciones literarias griegas tanto al compararlas con posibles precedentes orientales de milenios anteriores como si se las sitúa en el único punto de partida que condiciona las formas surgidas en el mundo moderno. La épica, la lírica, el teatro, la filosofía y la ciencia, la historia y la oratoria, la novela, la poesía bucólica, el mimo y la fábula ofrecen en Grecia rasgos muy definidos, muy característicos, que generalmente son conservados en las literaturas posteriores hasta llegar al día de hoy.

La segunda parte, «Las artes plásticas» (pp. 115-259), debida a la pluma de Pedro Bádenas de la Peña, es bastante más que una síntesis histórica del arte griego al estilo tradicional. El autor presta una especial atención a las circunstan-

cias sociales en que surgen los distintos estilos artísticos así como a la función sociopolítica del arte griego a lo largo de su historia. Sin «minusvalorar en absoluto la estética contemporánea», el Dr. Bádenas hace resaltar, «desde la óptica de la propia cultura griega», la pervivencia en Occidente de los modelos artísticos griegos. Hay que destacar en todo el tratamiento una puntual referencia a las oportunas ilustraciones que acompañan al texto, entre las que sobresalen dos reproducciones (figuras 42 y 43) de las pinturas murales recientemente descubiertas en la isla de Tera y que remontan a los alrededores del 1500 a. C.

La tercera parte (pp. 261-326) se ocupa del teatro griego. La exposición recoge en forma sucinta lo más sobresaliente de la obra de los dramaturgos griegos, desde Esquilo hasta Menandro, haciendo un esfuerzo continuo para lograr un enmarcamiento histórico coherente y un esbozo del panorama ideológico latente en todas sus creaciones. Tras una referencia a los influjos de Menandro en los cómicos latinos, se dedica todo un capítulo a describir la trayectoria que enlaza el teatro antiguo con el moderno.

«Líneas generales de la filosofía griega» es el título de la cuarta parte (pp. 329-402). Se trata de un amplio esquema muy elaborado y sistemático. Los orígenes de la filosofía griega y la pervivencia de las distintas escuelas filosóficas son puntos tratados de manera realista, no menos que el necesario encuadramiento de los diversos filósofos dentro de corrientes de pensamiento enfocadas al hilo de la historia. Como es lógico, los influjos del platonismo, de Aristóteles y del Estoicismo son merecedores de una atención preponderante. Lo mismo cabe afirmar de la filosofía presocrática.

La quinta parte (pp. 403-464) está dedicada al estudio de los «Orígenes de la democracia». El panorama abarcado cubre la realidad institucional y política griega desde la época micénica hasta las monarquías helenísticas. A propósito de las reformas de Solón o de la democracia bajo Pericles se dan buenos ejemplos de cómo toda exposición histórica, además de incluir hechos puramente externos, debe aducir las teorías políticas subyacentes. La democracia griega es presentada también como un modelo de períodos posteriores. Las vicisitudes por las que ha pasado la imagen de Demóstenes sirven para poder concluir que «cada edad y cada régimen político ha seguido encontrando en la Antigüedad su modelo y su justificación» (p. 461).

La sexta y última parte considera el nacimiento de la ciencia (pp. 465-529). La Medicina, la Mecánica y las Ciencias de la Naturaleza han sido tratadas por P. R. Adrados, mientras que J. María Lucas de Dios se ha encargado de las Matemáticas, Astronomía y Geografía, y de las Ciencias Técnicas (Mineralogía y Metalurgia, Química y Alquimia, Relojería, Ingeniería). Aun cuando sólo en el caso de la Medicina se incide expresamente en la cuestión de los influjos posteriores (p. 480), la relevancia de toda la ciencia griega se impone por sí misma en esta bien ordenada presentación.

Como ha podido verse, la proporción entre las diversas partes de esta obra logra un equilibrio entre los habituales manuales especializados y los ensayos a que nos referíamos al comienzo de la nota. Tanto el proyecto inicial como su realización parecen perfectamente encomiables, por cuanto que este libro forma parte de la serie «Aula Abierta» dentro de la Biblioteca de Educación Permanente de la Universidad Nacional de Educación a Distancia. Aparecen totalmente justificadas, pues, todas las tablas cronológicas y léxicos parciales (de términos

literarios, artísticos, filosóficos, etc.) que, junto con una bibliografía selecta de obras publicadas en castellano, ilustran cada una de las seis partes y constituyen recursos pedagógicos de primer orden para ayudar a todo lector que quiera adentrarse con provecho en el subsuelo que fecunda a nuestra civilización actual.

A. MARTÍNEZ DÍEZ

VON DER MÜHLL, PETER.—*Ausgewählte kleine Schriften*. Basilea, F. Reinhardt Verlag, 1975. XXI + 596 pp.

El volumen número doce de los *Schweizerische Beiträge zur Altertumswissenschaft* recoge los *Ausgewählte kleine Schriften* de Peter Von der Mühl editados por Bernhard Wyss.

A lo largo de casi seiscientas páginas se nos ofrece el amplio campo en el que se desarrolló el trabajo de investigación en torno al mundo griego del gran profesor de la Universidad de Basilea. Filólogo, humanista y reconocido editor de la *Odisea* (1946), fue uno de los grandes conocedores de la cultura griega en un momento en que estos estudios alcanzaron un esplendor difícilmente igualable.

En la breve noticia que hacemos de este libro sólo vamos a dar, por la misma complejidad y variedad de la materia tratada en el mismo, los títulos de los distintos apartados, que corroboran lo que acabamos de decir y que son los siguientes: 1) *Homer*; 2) *Pindar*; 3) *Andere Dichter* (Hesíodo, Alcman, Anacreonte, Aristófanes, Asclepiades, Arcesilao, Calimaco y Antágoras de Rodas); 4) *Prosaiker* (Antífonte, Aristóteles, Plutarco, Bias de Priene, Epicuro, Demócrito, Aristides y Diógenes Laercio); 5) *Sprache und Metrik*; 6) *Mythos und Legende*; 7) *Griechisches Leben*; 8) *Würdigungen, Gedenkworte* (por K. Trüdinger, J. Wackernagel, F. Dornseiff, R. Tschudi y R. Riggensbach). Sigue un apartado en el que Thomas Gelzer recoge los trabajos publicados por Peter Von der Mühl y tres índices por C. Schäublin, que facilitan la utilización paralela del extenso volumen, cuya lectura nos acerca y descubre cómo se puede y se debe trabajar en el campo de la filología griega para que nuestros estudios puedan alcanzar una meta digna y fructífera.

JOSÉ GARCÍA LÓPEZ

VI. RESEÑAS BREVES

GENTILI, B., PASOLI, F. y SIMONETTI, M.—*Storia della Letteratura Latina*. Bari, Laterza, 1976, 608 pp.

Verdaderamente importante, con relación a su extensión, es esta nueva Historia de la Literatura Latina. Dividida en tres partes («Dalle origini al I secolo a. C.», «Dal I secolo a. C. al II d. C.» y «Dal III secolo d. C. alla fine del mondo antico»), cada una de ellas está organizada por géneros literarios, no por autores; y el total de la Literatura latina es estudiado, en palabras de los autores, como constitu-

yendo «una delle aree culturali nelle quali si manifestò il grande fenomeno della letteratura greca dell'età ellenistica» (p. VII).

Para obviar los inconvenientes que de un tratamiento como éste, absolutamente justo en nuestra opinión, se deducen, tras la parte III se dan unos «Profili bibliografici» relativos a los diversos autores.

Es muy señalado el interés de la parte I, en su tratamiento de las relaciones entre el mundo griego y el romano; como lo es, en todo el libro, la interpretación de las diversas obras antiguas (la *Éneida* de Virgilio, las obras históricas de César, Salustio, Livio, Tácito, etc.) dentro de las coordinadas ideológicas e históricas de las fechas en que se escribieron. La comparación con los géneros y obras griegas, en lo que hay de continuidad y lo que hay de innovación, es constante.

No se trata, pues, de una historia de «autores literarios», sino de la literatura. Esto quiere decir que géneros y obras sólo muy parcialmente conservados (teatro, historiografía «burguesa» de época Julio-Claudia, Gramática, etc.) son estudiados con la atención debida. La contrapartida es un tratamiento demasiado sumario, quizá, de autores como Terencio o Marcial.

La literatura cristiana es debidamente atendida.

F. R. ADRADOS

SCHERER, ANTON.—*Handbuch der lateinischen Syntax*. Heidelberg, Winter, 1975, 292 pp.

Esta nueva Sintaxis latina en lengua alemana no es un impresionante monumento como la sintaxis universalmente conocida de Hofmann-Szantyr (todavía insustituible para el latinista como obra de consulta, pero inabarcable como texto para el estudiante del más alto nivel); lo que A. Scherer nos ofrece es un verdadero y excelente manual o libro de texto para el estudiante universitario.

Latinista e indoeuropeísta, el autor refleja ya su doble especialización desde la breve y selecta bibliografía que pone al frente de su libro: un apartado para la «Sintaxis latina» y otro para la «Sintaxis indoeuropea».

Su sintaxis latina está construida básicamente sobre los esquemas tradicionales: sus primeras fuentes son los grandes maestros de la sintaxis histórica: la obra de Hofmann-Szantyr, la de Löfstedt, la de Brugmann, la de Wackernagel, etc. Del inmenso arsenal de estas obras consagradas como clásicas A. Scherer ha sabido extraer la quintaesencia para montar, con indudable habilidad pedagógica, una sintaxis a la vez fácilmente asequible y científicamente fundada en la mejor tradición.

Sin embargo —con ser ya importante— no es éste el único mérito de la obra de Scherer: su fidelidad al pasado no ha sido obstáculo para que el autor se abriera a las nuevas corrientes lingüísticas actuales. La mitad de su bibliografía general y una proporción mucho mayor en la bibliografía ocasional utilizada a lo largo del libro es de los últimos quince años; y su interés, sin limitarse a la esfera de la estricta gramática latina, se ha extendido eventualmente a estudios de distintas escuelas actuales sobre lenguas incluso modernas. Ello demuestra un muy loable esfuerzo por incorporar las nuevas ideas y acomodar la sintaxis latina al panorama lingüístico general de nuestra época. Esta obra será —o lo duda-

mos— un hito entre las sintaxis latinas de tipo tradicional y las sintaxis latinas del futuro inmediato.

Y, para concluir, digamos que A. Scherer se ha hecho eco en su manual de doctrinas gramaticales surgidas en nuestro país durante los últimos lustros: media docena de investigadores españoles hemos merecido el honor de vernos citados en las páginas de un manual en lengua alemana. Tal novedad es una grata sorpresa para el lector español.

L. RUBIO

EURÍPIDES.—*As Fenicias*. Introdução, tradução e notas de Manuel dos Santos Alves. Coimbra, Centro de Estudos Clássicos e Humanísticos, 1975, XV + 491 pp.

Nos encontramos ante un trabajo laborioso, llevado a cabo con una minuciosidad fuera de lo común. La introducción (pp. 1-213) abarca todos los aspectos bajo los que puede enfocarse un estudio erudito de *Las Fenicias*. La traducción (pp. 215-321) es correcta, aunque excesivamente académica; las partes líricas de la tragedia aparecen trasladadas en verso, en un verso portugués que no siempre evita malhadadas consonancias y descensos de ritmo que empobrecen la lectura. Acompañan a la versión 454 notas filológicas (pp. 323-473) y una bibliografía selecta (pp. 475-481) en la que faltan y sobran títulos. La obra no se distingue precisamente por su originalidad, limitándose su escoliasta a recopilar glosarios preexistentes, por lo que, a pesar de la innegable buena voluntad y de las numerosas sesiones de trabajo que a buen seguro ha derrochado Santos Alves en la culminación de su tarea, no pasa de constituir una apreciable realización de tipo escolar sin pretensiones en lo científico y sin calidades en lo literario, pero con entidad suficiente para poder ser degustada con provecho por el profesor universitario y por el estudioso en general. Sigue vigente, pues, y en ascenso, el delito de lesa sensibilidad, tan antiguo como la filología. Sigue vigente también la interminable batalla entre los clásicos y el tedio, sin que —para mayor desgracia nuestra— obtengan de una vez la victoria los primeros sobre el segundo.

LUIS ALBERTO DE CUENCA

M. TULLIUS CICERO.—*De divinatione, De fato, Timaeus*, ed. R. GIOMINI, Leipzig, B.S.B. R. G. Teubner Verlagsgesellschaft, 1975, 237 pp.

Nos llega ahora, dentro de la reedición de obras en la prestigiosa colección alemana, la de estos tres tratados de Cicerón, que ciertamente tienen su interés, aunque limitado al terreno de lo filosófico, sobre todo el tercero de los aquí editados. Es de agradecer, por tanto, el poder contar con ediciones rigurosas desde el punto de vista filológico de estos tratados. La edición se presenta con el habitual cuidado de la colección y además del texto crítico contiene un ponderado prólogo, al igual que un «index» de nombres propios y otro de palabras griegas, las más importantes, en los textos de Cicerón.

ENRIQUE OTÓN SOBRINO

BALLAIRA, G. L.-PARRONI, P. --*Maestri di Umanità. Antologia dagli scritti di Cicerone, Orazio e Quintiliano*. Turín, Loescher, 1975. 348 pp.

Trátase de una muy buena antología escolar de nivel universitario, cuya estructura interna sigue el modelo habitual en las ediciones anotadas *ad usum scholarum*. En la cuenta de los méritos de ésta habrá que anotar, en primer lugar, la ágil concisión que sin perjuicio de la erudición han sabido darle G. Ballaira y P. Parroni a la introducción -- nota bibliográfica incluida-- de cada una de las tres secciones en que se divide esta antología.

En cuanto al contenido de esas tres secciones creo que hay que señalar como acierto la selección de textos de Cicerón y Quintiliano. Del primero se han elegido el discurso *Pro Marcello* y siete cartas del epistolario ciceroniano que por su tema y por su tono pueden tenerse por eficaz introducción al estudio del *Pro Marcello*. De Quintiliano se ofrecen varios pasajes de la *Institutio oratoria* que declaran muy bien las opiniones del autor en materia literaria y de pedagogía.

En la selección de textos horacianos, que ocupan casi la mitad de la antología, los aciertos son menos evidentes, ya que en ella el pensamiento de Horacio aparece a mi juicio algo difuminado por la excesiva extensión de la muestra ofrecida, en cierta medida banalizado por la reiteración temática de las composiciones seleccionadas y un tanto disperso por haberse ordenado los textos elegidos según su procedencia y no por su contenido.

L. C. PÉREZ CASTRO

SENECA, LUCIO ANNEO. --*Lettere a Lucilio*. Libro primo. Texto, introduzione e commento di Giuseppe Scarpat. Brescia, Paideia Editrice, 1975. 332 pp.

El autor comenta las epístolas I a XII, que constituyen el primer libro de todas las que Séneca dirigió a Lucilio, consciente de que todo buen trabajo científico debe someterse a una medida, sobre todo cuando el autor latino escribió un repertorio tan generoso y variado como el del citado filósofo. Razón tiene Scarpat en afirmar que todavía están pendientes todas las *Ad Lucilium Epistolae Morales* de un comentario completo que responda a las inquietudes filológicas e históricas de nuestros días. El por su parte ha aportado un examen escrupuloso de la semántica de cada carta que puede ayudar a penetrar más en su intención filosófica, social o simplemente vivencial. Ya que, según el crítico italiano al que en esto damos la razón, «Séneca es, quizá, el autor más alusivo de toda la antigüedad y sabe esconder su vasta cultura en un lenguaje sin estrépitos y aparentemente fácil, pero donde los indicios cultos son confiados la mayoría de las veces sólo a la elección del vocabulario». De ahí el dato semántico, la ampliación filológica, la referencia a otras obras de Séneca u otros clásicos y el recuerdo adecuado a la bibliografía conveniente a la intención de cada una de estas doce cartas, que Scarpat pone a pie de página como ayuda muy estimable, y de amable redacción, al correspondiente texto latino. En un recorrido diacrónico, no ha despreciado los datos que autores «antiguos» como Erasmo o Gronovio añadieron a estas epístolas y que pueden seguir manteniendo un valor objetivo. Ha seguido la edición latina de Reynolds (Oxford, 1965) y añade una tabla compa-

rativa de los puntos en que su edición difiere de la del inglés. Adjunta, también, índice de palabras latinas y su filiación en la obra del filósofo.

Auguramos al profesor Scarpat continuar el camino emprendido para la mayor penetración de una figura tan rica y polifacética, y que en estos últimos años parece atraer la simpatía de los investigadores, como es la de L. A. Séneca.

E. CONDE GUERRI

SZRAMKIEWICZ, ROMUALD.—*Les gouverneurs de province à l'époque augustéenne*. 2 vols. Paris, Nouvelles Éditions Latines, 1975-76, XXX + 427 + 536 pp.

Este importante estudio aparece con los números III y IV en la serie dirigida por Marron «Études Prosopographiques», y con un prefacio de Jean Gaudemet. La lista de gobernadores por provincias aparece al final (p. 491 ss.), como anexo, después de las listas de senadores y *equites* que ocuparon gobiernos provinciales. El estudio en profundidad horizontal de los gobernadores de época octaviana (un medio siglo largo) ha permitido al autor trazar un cuadro completo y realmente nuevo de todos los aspectos del gobierno de las provincias (criterios de selección, miramientos provinciales, duración en el cargo, recompensas) y de los hombres que las gobernaron (dotes personales, afinidades políticas, procedencia social, nexos familiares). Un libro de verdadera historia hecho por un jurista. No es quizá puramente casual que un jurista nos dé así un ejemplo de esa historia «personal», en la que debemos ver una superación salvadora de la confusa ciencia de «hechos sociales» hacia la que los sociólogos pretenden llevar la Historia.

A. D'ORS

GAIN, D. B.—*The Aratus ascribed to Germanicus Caesar*, edited with an introduction, translation and commentary. University of London, The Athlone Press, 1976, 146 pp.

La presente obra se divide en tres grandes secciones. La primera la constituye una ponderada revisión del actual estado de la obra de Germánico en punto a crítica textual, fuentes y personalidad del autor; ya el título de la obra misma contiene la postura de Gain, en cuanto a la paternidad de la obra y que se condensa en la p. 20: «My opinion is that the evidence does not allow one to say whether the author was Tiberius or Germanicus». La segunda parte está integrada por el texto editado con aparato crítico suficiente y la traducción. La tercera parte es un comentario en el que el autor justifica preferencias de lecturas, aclara distintos pasajes que pueden resultar difíciles, dada la índole del poema. Se cierra la obra con un índice, subdividido en siete secciones: imitación de autores llevada a cabo por el poeta; autores que imitan a nuestro poeta; conjetura sacada de Higino; palabras estudiadas; errores textuales; índice de temas varios y los propios. Creemos, finalmente, digno de resaltar el cuadro que ocupa las pp. 14-16 para aclarar las relaciones del autor de esta obra con Hiparco.

ENRIQUE OTÓN SOBRINO

OTÓN SOBRINO, E.—*Léxico de Valerio Máximo (A-D)*. Madrid, C. S. I. C., 1977, XIV + 602 pp.

Con este *lexicon* cuyo primer tomo me toca comentar, Enrique Otón ha colmado una laguna —no ciertamente la menor— de los estudios de lexicografía latina. He aquí el primero, pero no el mayor, de los méritos de su obra. Esta, a primera vista, podría parecer sólo un *lexicon* más. Considerada más atentamente, resulta superar a la inmensa mayoría, ya que el buen Otón no ha dormitado ni ha cedido a la tentación de la rutina, enfermedad profesional del lexicógrafo tradicional, en ningún momento: en cada página, en cada línea, se ve bien claro que ésta es la obra de un filólogo riguroso y que ha sabido penetrar en el contenido de cada contexto captando sus más íntimos matices.

En adelante, ningún estudioso de la obra de Valerio Máximo sabrá prescindir de la de Otón.

L. C. PÉREZ CASTRO